Nº 220 - TOMO 414 3 DE DICIEMBRE DE 2002



REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA CAMARA DE SENADORES

TERCER PERIODO ORDINARIO DE LA XLV LEGISLATURA

67ª SESION EXTRAORDINARIA

PRESIDE EL SEÑOR LUIS HIERRO LOPEZ
(Presidente)

ACTUAN EN SECRETARIA EL TITULARE SEÑOR MARIO FARACHIO Y LAS PROSECRETARIAS SEÑORAS EMMA ABDALA Y QUENA CARAMBULA

S U M A R I O

1) TEXTO DE LA CITACION

"Montevideo, 29 de noviembre de 2002.

La CAMARA DE SENADORES se reunirá en sesión extraordinaria, el próximo martes 3 de diciembre, a la hora 15 y 30, a fin de homenajear al señor Senador Carlos Julio Pereyra al haber cumplido cuarenta años de su ingreso al Parlamento.

Hugo Rodríguez Filippini
Secretario

Mario Farachio
Secretario."

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores Senadores **Abelenda, Arismendi, Barrios Tassano, Brause, Cid, Correa Freitas, Couriel, de Boismenu, Gallinal, Garat, García Costa, Gargano, Heber, Herrera, Korzeniak, Larrañaga, Michelini, Millor, Mujica, Nin Novoa, Núñez, Pereyra, Pou, Riesgo, Rubio, Sanabria, Scarpa, Segovia, Singer** y **Xavier.**

FALTAN: con licencia, los señores Senadores **Astori, Fernández Huidobro** y **Virgili.**

3) SOLICITUDES DE LICENCIA

SEÑOR PRESIDENTE.- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 15 y 43 minutos)

- Dése cuenta de una solicitud de licencia.

(Se da de la siguiente:)

"El señor Senador Fernández Huidobro solicita licencia los días 3 y 4 de los corrientes"

- Léase.

(Se lee:)

"Montevideo, 2 de diciembre de 2002.

Sr. Presidente de la Cámara de Senadores
Don Luis Hierro López

De mi mayor consideración:

Por la presente solicito a usted tenga a bien gestionar licencia por razones personales, por los días 3 y 4 de los corrientes.

Sin otro particular, saluda atentamente,

Eleuterio Fernández Huidobro, Senador."

SEÑOR PRESIDENTE.- Se va a votar si se concede la licencia solicitada.

(Se vota:)

- 19 en 19. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

Queda convocado, el señor Senador Abelenda quien ya ha prestado el juramento de estilo por lo que, si se encontrare en Antesala se le invita a pasar al Hemiciclo.

(Ingresa a Sala el señor Senador Abelenda)

Dése cuenta de otra solicitud de licencia.

(Se da de la siguiente:)

"El señor Senador Astori solicita licencia entre los días 2 y 5 del corriente mes."

- Léase.

(Se lee:)

"Montevideo, 2 de diciembre de 2002.

Señor Presidente de la
Cámara de Senadores
Don Luis Hierro López
Presente

De mi mayor consideración:

Presido la delegación de Parlamentarios del MERCOSUR -Sección Uruguay- que participará de la "XX REUNION PLENARIA DE LA COMISION PARLAMENTARIA CONJUNTA DEL MERCOSUR" a realizarse en la ciudad de Brasilia. Por tal motivo solicito al Cuerpo me conceda licencia entre los días 2 y 5 del corriente mes.

Sin otro particular, saluda al Señor Presidente muy atentamente

Danilo Astori, Senador."

SEÑOR PRESIDENTE.- Se va a votar si se concede la licencia solicitada.

(Se vota:)

- 20 en 20. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

4) INTEGRACION DEL CUERPO

SEÑOR PRESIDENTE.- Dése cuenta de una nota de desistimiento.

(Se da de la siguiente:)

"La señora Nelly Goitiño comunica que en esta oportunidad no acepta la convocatoria como suplente del señor Senador Astori".

- Queda convocado el señor Senador Segovia, quien ya ha prestado el juramento de estilo por lo que, si se encontrare en Antesala, se le invita a pasar al Hemiciclo.

(Ingresa a Sala el señor Senador Segovia)

5) SOLICITUD DE LICENCIA

SEÑOR PRESIDENTE.- Dése cuenta de otra solicitud de licencia.

(Se da de la siguiente:)

"El señor Senador Virgili solicita licencia por el día de la fecha"

- Léase.

(Se lee:)

"Montevideo, 3 de diciembre de 2002.

Sr. Presidente de la Cámara de Senadores
Don Luis Hierro López
Presente

Solicito a Ud. se me conceda licencia por el día de la fecha, por motivos particulares.

Lo saludo con mi mayor consideración.

Orlando Virgili, Senador.**"**

SEÑOR PRESIDENTE.- Se va a votar si se concede la licencia solicitada.

(Se vota:)

- 21 en 21. **Afirmativa.** UNANIMIDAD.

Queda convocado el señor Senador Scarpa, quien ya ha prestado el juramento de estilo por lo que, si se encontrare en Antesala, se le invita a pasar al Hemiciclo.

(Ingresa a Sala el señor Senador Scarpa)

6) SEÑOR SENADOR PROFESOR CARLOS JULIO PEREYRA. SUS CUARENTA AÑOS DE ACTIVIDAD PARLAMENTARIA

SEÑOR PRESIDENTE.- La Cámara de Senadores ha sido convocada especialmente a fin de rendir homenaje al señor Senador Carlos Julio Pereyra al haber cumplido 40 años de trayectoria parlamentaria.

Tiene la palabra el señor Senador Gallinal.

SEÑOR GALLINAL.- Señor Presidente: cuando presentamos a consideración del Cuerpo la moción que obra en poder de la Mesa con la firma de Senadores de todos los partidos políticos con representación en esta Cámara, con el propósito de rendir homenaje al señor Senador Carlos Julio Pereyra al haberse cumplido el pasado 25 de noviembre 40 años de que fuera electo para integrar el Poder Legislativo por primera vez, la unanimidad de integrantes del Senado, con la obvia y lógica excepción del señor Senador Pereyra, pidió que se incluyera su nombre y su firma en la moción que abrió paso a esta conmemoración y homenaje que hoy estamos realizando.

Creo que interpreto la voluntad de los compañeros del Cuerpo si digo que básicamente dos razones habilitaron a que todos pusiéramos nuestra firma al pie de la convocatoria. La primera y muy especial es que el señor Senador Pereyra es un hombre de bien que ha sabido granjearse el afecto y el respeto de sus pares en el ejercicio de sus responsabilidades. La segunda es que todos consideramos que tan vasta, fecunda e importante trayectoria merece el reconocimiento que hoy el Cuerpo le está brindando, con la presencia en la Barra de amigos, familiares, militantes del Partido Nacional y, por supuesto, del Movimiento Nacional de Rocha.

El único que se opuso a que realizáramos un homenaje de estas características en las conversaciones previas, a quien necesariamente teníamos que poner en antecedentes de la iniciativa que estábamos promoviendo, fue precisamente el señor Senador Carlos Julio Pereyra. Ha sido una constante a lo largo de su vida la humildad, y seguramente por ello expresó esa opinión e intentó, incluso, convencernos de que en todo caso hiciéramos alguna referencia en el transcurso de la hora previa, como si hubiera sido un obstáculo para que a continuación los demás integrantes del Cuerpo se adhirieran al homenaje.

Creo, señor Presidente, que es muy importante para nosotros poder realizar un homenaje de estas características porque en todos los partidos políticos del Uruguay existen ciudadanos que por su acción, por su conducta y por su prédica se han convertido en estos tiempos en referentes para cada una de esas colectividades políticas, pero también para todo el país en su conjunto. Sin duda, entre esos hombres referentes, que seguramente por esa condición especial se pueden contar con los dedos de una mano, dentro del Partido Nacional el señor Senador Carlos Julio Pereyra es uno de primer nivel en todas las circunstancias. Lo es porque se trata de esos hombres que han llegado a una altura de su trayectoria en que su opinión siempre importa, en que su voz de aliento siempre es necesaria, y lo es muy especialmente en estos momentos que están atravesando el país en que quienes ejercemos la actividad política,

valoramos una opinión crítica para todo el sistema político y, en particular, para los que hoy desarrollamos con intensidad esta acción.

Creo que Carlos Julio Pereyra es un ejemplo a exponer y a utilizar, no sólo por lo que ha sido su acción hasta hoy y porque es claramente representativa de la acción que otros hombres a lo largo de la historia del país, y para felicidad de nuestra Patria, han desarrollado durante tantos años de vida independiente; también porque su ejemplo es mucho más importante mirando hacia el futuro, pensando en el Uruguay de mañana, buscando fortalecer la defensa de las libertades públicas, defendiendo el sistema democrático como sistema necesario, fundamental, eficaz y eficiente para lograr una mejor calidad de vida para toda nuestra gente. Nosotros estamos permanentemente mirando hacia los costados, buscando entre nuestros compatriotas -que los hay, y muchos- gente que quiera dedicarse a esta actividad; gente con cualidades sobresalientes que podrían lucirse en el ejercicio de esta actividad y que podrían ayudar al país a superar circunstancias tan difíciles como las que atravesamos en estos momentos. En ese sentido, el ejemplo de la trayectoria, de la conducta y de la acción del señor Senador Carlos Julio Pereyra bien puede ser una luminaria para buscar y provocar la atracción en el ejercicio de esta tarea, lo cual reclamamos cada vez con más intensidad, porque sentimos la necesidad que una mayor cantidad de compatriotas entreguen su esfuerzo a una actividad de estas características.

Seguramente, el señor Senador Pereyra, cuando recorre en la memoria lo que ha sido su accionar político, se encuentre con que debió enfrentar, en muchos momentos, la adversidad; hay etapas de la vida en que es muy difícil desempeñar esta actividad que tiene, antes que todo, un profundo sentido vocacional. Pero también el señor Senador Pereyra descubrirá que cuando se tiene una trayectoria de estas características, al final, se triunfa siempre. Cuando hoy él mira hacia atrás o, por lo menos, cuando nosotros miramos hacia lo que ha sido su extensa trayectoria, reconocemos que ha sido un triunfador porque lo que ha triunfado, por sobre todas las cosas, es la verdad de un ejemplo y de una hombría de bien.

El señor Senador Carlos Julio Pereyra tuvo un origen particularmente humilde, y eso también es bueno destacarlo para ver cómo ha ido legítimamente escalando posiciones en su Partido y también en la esfera política nacional.

Sin lugar a dudas, es el primer discípulo de don Javier Barrios Amorín, que fue su inspirador permanente a lo largo de todo su accionar político. Entre sus galardones tiene uno muy especial, que quizá sea difícil descubrir en quienes ejercen hoy la actividad política, y es que desde el año 1950, en que por primera vez resulta electo Edil por el departamento de Rocha, hasta hoy, en cada oportunidad que ha habido una elección libre y democrática, ha sido electo. En 1950 es electo Edil, a la edad de 32 años; vuelve a ser electo en el año 1954; en 1958 integra el Concejo Departamental de Rocha, del que fue Presidente en el año 1960. El 25 de noviembre de 1962, fecha que hoy conmemoramos, fue electo por primera vez Legislador, Diputado por el departamento de Rocha, y en 1966, 1971, 1984, 1989, 1994 y 1999 fue electo Senador de la República. De toda esa época, de la que seguramente con más propiedad pueden hablar integrantes de este Senado, me voy a permitir referirme a dos acontecimientos, que probablemente sean los dos que el señor Senador Pereyra recuerda con mayor nostalgia y que acaricia como de las mejores épocas de su vida desde el punto de vista político. El primero de ellos fue la conformación de la fórmula con Wilson Ferreira Aldunate y, el segundo, la lucha contra la dictadura militar.

La conformación de la fórmula con Wilson Ferreira Aldunate estuvo precedida por las brillantes actuaciones de ambos en el Parlamento Nacional, en la Cámara de Senadores, en el período que va desde 1966 a 1971. Los detonantes que hicieron mayor historia seguramente fueron las interpelaciones que realizaron ambos Legisladores, con singular éxito, en distintas circunstancias de la vida del país. También podemos destacar de ese período las ideas que abrazaron, las banderas que levantaron, los ideales que defendieron y, desde el punto de vista partidario, el aire fresco que introdujeron en nuestra colectividad, que venía de un traspié electoral importante, como el que se dio en 1966. La conformación de la fórmula con Wilson Ferreira Aldunate el 31 de octubre del año 1971, la gira de la victoria que lo llevó a recorrer todo el territorio nacional, en medio de una motivación generalizada, sobre todo, del militante nacionalista, seguramente le permitió vivir momentos de particular sentimiento. También podemos citar la presentación pública de “Nuestro Compromiso con Usted”, que fue aquel programa de Gobierno que innovó en la vida nacional y que luego abrió un camino para que sucesivas fórmulas a lo largo del tiempo repitieran presentaciones de carácter similar, con las adecuaciones obvias y necesarias a los tiempos que corren en cada elección.

Después del año 1973 recordamos su lucha contra la dictadura militar. Precisamente, en esta época el señor Senador Carlos Julio Pereyra, lógicamente no resulta electo en nada, pero recibe de parte de sus correligionarios, el reconocimiento de tener en él a un conductor para enfrentar tanta adversidad, como se hizo en aquellos tiempos.

También recibió el reconocimiento de quienes no pertenecían a su partido político pero veían en el señor Senador Pereyra, como veían en representantes de todas las colectividades políticas del país, referentes con cuyo concurso, con cuya prédica y con cuya experiencia se sentían confiados para recuperar, como se recuperó luego, la democracia y la libertad. Durante esos tiempos, en que nos tocó vivir más de cerca que los anteriores la trayectoria de este gran compañero, hubo acontecimientos que marcaron la forma en que desde la clandestinidad se podía luchar contra quienes se habían encaramado en el poder. Uno de los

acontecimientos que los blancos recordamos y usábamos como excusa para poder hacer actos políticos en tiempos en que estaban absolutamente prohibidos, es precisamente el festejo del cumpleaños del señor Senador Pereyra. Otros son los homenajes al general Aparicio Saravia al pie de su monumento, y tantos inventos más que en aquella época se nos ocurrían como excusa para poder encontrarse los correligionarios, aunque no solamente se trataba de correligionarios. Había en aquellos tiempos quienes militando en otras filas políticas tenían su actividad mucho más limitada que la nuestra y entonces buscaban, a través de celebraciones que nosotros hacíamos, la oportunidad para expresar su rechazo al régimen que entonces gobernaba al país.

En aquellas épocas también se vivieron, en la familia del señor Senador Pereyra y en las de otros compañeros de nuestro Partido, momentos muy difíciles, de los que felizmente tanto el señor Senador Carlos Julio Pereyra como el doctor Luis Alberto Lacalle lograron salir ilesos, aunque no corrió la misma suerte la madre de nuestro compañero y amigo, el señor Senador Luis Alberto Heber.

Quizás uno de los galardones más importantes que recibió el señor Senador Pereyra durante su vida política -aclaro que no fue electo para ello, sino que fue la expresión natural en la opinión de nuestros compañeros de Partido- es el haber integrado el Triunvirato del Partido Nacional que rigió los destinos de nuestra colectividad durante el período de la dictadura, en sus primeros tiempos junto con el siempre recordado escribano Dardo Ortiz y con don Mario Heber, y en su segunda etapa, tras el fallecimiento de Mario, en la compañía de Jorge Silveira Zavala.

En 1980 Carlos Julio fue, desde la clandestinidad, protagonista principal -junto a tantos dirigentes de todos los partidos políticos con quienes compartimos codo a codo la lucha electoral de aquella circunstancia- del triunfo del “No” en el plebiscito de ese año.

En 1982 se conforma, con miras a las elecciones internas que se celebran en noviembre de ese año, la lista “ACF”, a la que el inolvidable compañero Fernando Oliú -quien fuera junto con el doctor Gonzalo Aguirre, Secretario del Triunvirato del Partido Nacional- bautizara, al salir de la Corte Electoral tras registrar la lista, como “Adelante Con Fe”. Allí se nuclearon y juntaron esfuerzos para comparecer en las elecciones internas el Movimiento Por la Patria y el Movimiento Nacional de Rocha. Sin desconocer el apoyo invalorable y el aporte insustituible de los demás sectores, ACF se convirtió en el símbolo de la lucha del Partido Nacional contra la dictadura militar. Además, también se dio la circunstancia -reconozcámoslo hoy porque para nosotros debe ser motivo de orgullo- de que en ACF votó mucha gente que no tenía su tradición arraigada en el Partido Nacional, que no eran militantes de todas las horas, pero que veían en la lucha desplegada por este Partido -en particular, la que desarrollaban, desde el exterior, Wilson Ferreira Aldunate, y desde el interior, entre todos los dirigentes, en primer lugar, el señor Senador Pereyra- un camino de luz para la recuperación de la libertad.

Quisiera recordar a quienes han acompañado desde siempre al señor Senador Pereyra, en la presencia o en la inspiración de su pensamiento y de su trayectoria. Me refiero al doctor Javier Barrios Amorín, de quien fue su principal discípulo, y al Movimiento Nacional de Rocha, fundado en 1964, que hoy cuenta con 38 años de vida, lo que no es poco si pensamos que se trata de un sector dentro de un partido político. También quisiera efectuar un reconocimiento a sus amigos. ¡Cuántos amigos conocemos, varios de los cuales están aquí! Estoy hablando de los amigos personales de don Carlos Julio Pereyra, esos rochanos de ley que han estado siempre junto a él, que siguen estándolo hoy y que van a estar en el día de mañana. Por supuesto, no puedo dejar de mencionar a su familia, en especial a su señora Rosita, que está aquí acompañando este homenaje y esta conmemoración, y al recuerdo de don Rosalío Pereyra que también fue fuente de inspiración permanente para Carlos Julio.

Finalmente, se impone recordar a su Partido Nacional, al que quiere con tanta devoción, al que ha entregado su vida para, a través de él, también entregarla al país y prestarle sus servicios. Es dable señalar los aportes que hizo en todo momento, hasta aquellos de los últimos tiempos, cuando ayuda como fundador a conformar la Correntada Wilsonista, en el entendido y con el propósito de dar al Partido más fuerza y entusiasmo. Ese Partido Nacional que hace pocos días le rindió homenaje en su vieja casona de la Ciudad Vieja.

Señor Presidente: me gustaría expresar al señor Senador Pereyra que así como él me ha dicho que se siente orgulloso de haber compartido en algún momento la tribuna con mi abuelo, Gustavo Gallinal, yo me siento también orgulloso de compartirla hoy con él.

Por último, quiero decirle a Carlos Julio Pereyra que el Partido Nacional siempre espera de él.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Correa Freitas.

SEÑOR CORREA FREITAS.- Señor Presidente: es para nosotros un gran honor poder hacer uso de la palabra en este homenaje tan merecido al decano de los integrantes de este Cuerpo, el señor Senador Carlos Julio Pereyra. Cuarenta años de labor parlamentaria, más de 50 de actuación política, sin ninguna duda son un motivo de reflexión para estos momentos difíciles que vive la República, donde una personalidad como la del señor Senador Carlos Julio Pereyra es un referente para la vida política nacional, un símbolo de la lucha por la libertad y la democracia, un referente por su coraje cívico en la lucha contra la dictadura y el afianzamien-

to de la democracia y un símbolo de austeridad republicana. Su propia formación es un ejemplo de vida; se recibió de maestro, profesor de historia y de educación cívica, formación que sin ninguna duda contribuyó en buena medida a gestar el perfil que luego adquirió en su vida, dedicándose de lleno a la vida pública y política que, como bien señalaba el señor Senador Gallinal, tiene momentos de mucha alegría, pero también de sinsabores y muy amargos, como los que tuvo que pasar el señor Senador Pereyra cuando la dictadura militar atentó contra su vida. Eso no es poca cosa y, realmente, demuestra lo difícil que es la vida pública, lo difícil que es dedicarse a la vida política.

En definitiva, este homenaje que hoy hacemos al señor Senador Pereyra también es una forma de honrar al Parlamento, a la política y a la democracia. No tengo dudas de que el señor Senador Pereyra es un símbolo en nuestro país del Parlamento, la libertad y la democracia.

Tuve el honor de conocer al señor Senador Pereyra una vez que ingresé a la vida pública, pero lo recuerdo de mi época de estudiante universitario, cuando asistía a la Barra interesado en la vida política para escuchar aquellas interpelaciones que realizaba en el Senado junto con el ex Senador Wilson Ferreira Aldunate. También lo vimos en la época de la dictadura hacer algo que jamás hemos comentado. Lo vimos subir al ómnibus en el que viajábamos nosotros -lo recuerdo como si fuera hoy- en la Avenida 18 de Julio, a la altura de la Universidad de la República. Ese hecho tan significativo fue el comentario de muchos de los que íbamos en el ómnibus; me refiero a que un hombre político tan importante como el señor Senador Pereyra, con una enorme sencillez y una gran probidad, subiera a un ómnibus como un ciudadano más de este país, en momentos donde era muy difícil hablar de política y en los que, de alguna manera, todos lo hacíamos en voz baja.

El conocimiento más profundo que hemos tenido del señor Senador Pereyra ha sido aquí, en el Senado, donde todos valoramos sus consejos, su experiencia, su bondad y su generosidad. Personalmente, debo agradecerle en forma pública el hecho de que al poco tiempo de integrar el Senado, un día, al comenzar la sesión, se me acercara y me preguntara cómo me sentía en mi labor parlamentaria. Confieso que tenía dificultades y sentía que, de alguna forma, no estaba cumpliendo adecuadamente con mi deber. El consejo y la reflexión del señor Senador Pereyra, sin ninguna duda, me ayudaron a despertar algo que estaba dormido en mí; con su enorme bondad y sencillez me expresó que veía que estaba actuando correctamente en mi tarea como Senador de la República. Eso demuestra que solamente un hombre con una gran experiencia política, pero sobre todo con una gran generosidad y bondad como el señor Senador Pereyra, puede hacer algo por un adversario político, por alguien de otro partido político, por alguien con algunos años menos y con muy poca experiencia parlamentaria. Siempre trata de volcar en sus reflexiones, conversaciones y discursos, acá en el Parlamento, su experiencia parlamentaria y su enorme vocación por la vida política.

El señor Senador Pereyra ha dado mucho al país y tenemos la esperanza, como demócratas y liberales, de que siga contribuyendo al afianzamiento de las libertades públicas, a la consolidación de la democracia y al engrandecimiento de nuestro país.

Estamos seguros de que el Partido Nacional -a quien también rendimos homenaje en la tarde de hoy- el país y la ciudadanía en su conjunto, habrán de valorar adecuadamente cuánto significa para el Uruguay el señor Senador Pereyra. Por eso, esperamos seguir contando con sus invalorables consejos, su experiencia, su formación y, fundamentalmente, su hidalguía que, sin ninguna duda, nos llena de orgullo a todos los políticos y a los uruguayos en general.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Nin Novoa.

SEÑOR NIN NOVOA.- Señor Presidente: mis compañeros de Bancada me han pedido que quien habla, por razones bastante notorias, asumiera la representación en este justo y merecido homenaje. La verdad es que no sé si voy a poder representarlos, porque mis palabras emanan de dos hechos y dos circunstancias que son absolutamente particulares y están cargadas de subjetividad; devienen, como decía, de dos hechos. El primero tiene que ver con que de las seis veces que voté en elecciones nacionales, en cuatro oportunidades lo hice por el señor Senador Carlos Julio Pereyra. Empecé en el año 1966, votando a la Lista 504 con aquella fórmula Gallinal - Zeballos; seguí en 1971, votando a la Lista 504 , con la fórmula que, sin ninguna duda, revolucionó y dio un giro fundamental al Partido Nacional, integrada por Wilson Ferreira Aldunate y Carlos Julio Pereyra como su Vicepresidente; lo voté en 1984 también, en la lista conjunta con ACF, y luego en 1989. Esto hace surgir una circunstancia bastante extraña: creo que, salvo él, en esta Sala, no hay nadie que lo haya votado más veces que yo.

En consecuencia, mis palabras están cargadas de ese subjetivismo que, como decía, emana de ese hecho y de haberlo acompañado durante muchos años. A su lado aprendí muchas cosas y si algo bueno tengo en materia política, con toda seguridad, lo heredé de él.

Carlos Julio Pereyra, a quien conocí siendo apenas un joven adolescente y a quien en 1971, siendo un militante anónimo, lo veía en aquella tapa de “Nuestro Compromiso con Usted”, me impedía suponer que alguna vez iba a formar parte de un círculo bastante estrecho.

Mi admiración por él surgía, precisamente, de aquellas jornadas parlamentarias que todos conocimos y a las que aquí se ha hecho referencia. Pero también a lo largo de su actuación y de mi contacto permanente con él, fui descubriendo en él tres elementos esenciales. En primer lugar, la

autenticidad de un hombre demócrata a carta cabal, en el sentido de la verdadera democracia, ésa que Javier Barrios Amorín enseñaba y que yo supe decir aquí alguna vez: que la democracia tenía tres planos, no solamente el de las libertades y los derechos cívicos y políticos, sino que también se trasladaba y se complementaba imprescindiblemente con lo económico y con lo social.

Carlos Julio Pereyra es un hombre formado con un sentido de la justicia social que se plasmó con toda su magnitud en el programa de gobierno que llevó en 1989. Cuando hablamos de progresismo digo dos cosas: que no todos los progresistas están en un solo partido y que los hay en todos los partidos del Uruguay. Creo que Carlos Julio Pereyra es, sin ningún lugar a dudas, un hombre progresista en ese sentido que le damos a la palabra, al igual que muchos otros.

En su lucha por la libertad, como también lo señalaba muy bien el señor Senador Gallinal, recuerdo sus idas a Melo, cambiando de auto en varios puntos de la Ruta 8 para despistar a sus posibles perseguidores y sus reuniones en la mencionada ciudad de Melo, a las que todos los que podíamos y teníamos ganas -y hasta cierta dosis de valor y de inconciencia- concurríamos a escucharlo para tener, precisamente, las últimas novedades en aquel período tan oscuro de la vida del país.

También con él aprendí lo que es el país productivo, porque -si se me permite la expresión- lo "mamó" en toda su dimensión. Además, recuerdo su lucha por los problemas del campo y de la tierra; no del campesinado, porque no existe aquí en el Uruguay en el sentido clásico de la palabra; pero sí luchó por los pequeños productores y trabajadores rurales. Luchó como ninguno en la defensa de la soberanía del país en materia de tenencia de tierras, sobre todo, en el borde fronterizo, así como también por conseguir mejores condiciones de vida para aquellos que hacían del trabajo del campo el primer eslabón y esfuerzo para movilizar la economía del país.

Me parece que este homenaje de hoy -permítaseme decirlo, porque así lo siento- está referido a algo más que a cuarenta años de vida parlamentaria. Lo dijo el señor Senador Gallinal y quiero, de alguna manera, sintetizarlo. Se trata de más de cincuenta años de algo que a veces los uruguayos perdemos de vista, que es nuestra condición de servidores públicos.

Carlos Julio Pereyra es un hombre formado en lo que entiendo es la escuela de la democracia, que son los Municipios, esos gobiernos de tierra adentro, donde se palpan y se viven permanentemente las necesidades de la gente, donde todo el mundo tiene una dimensión más pequeña del gobierno y de lo local; donde se sienten las cosas de una manera diferente. A veces, aquí en Montevideo, cuando llueve la gente dice: "¡Qué horrible, está lloviendo!", mientras que en el interior decimos: "¡Qué bueno, está lloviendo!" Estas son las cosas que se van aprendiendo en el pago chico, en la comunidad pequeña y son las que van formando este concepto de la democracia que hoy Carlos Julio Pereyra emblematiza -si existe el término- de una manera tan particular.

Es un servidor público en estos momentos en que la actividad política está injustamente -esto no lo digo por mí sino por los demás, por todos los que están en esa actividad- denostada y es tan criticada. Tener cincuenta años al servicio de la comunidad es, sin dudas, un hito que hay que destacar, recordar y tratar de imitar.

Un pensador definió la dignidad como la cualidad que permite, aun sin saberlo la persona, tener al alcance de la mano una gran cantidad de respeto. Carlos Julio Pereyra es un hombre de respeto y, por tanto, es un hombre digno, que reivindica con su trayectoria eso que siempre nos enseñó: que la política es una de las actividades más nobles que puede haber.

Personalmente y en nombre de mis compañeros de Bancada, quiero decirle al señor Senador Pereyra que nos congratulamos de que haya estado más de medio siglo al servicio del país.

Muchas gracias.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Singer.

SEÑOR SINGER.- Señor Presidente: en verdad me resulta muy grato poder expresar mi adhesión a este homenaje al compañero y amigo Carlos Julio Pereyra. De los que estamos aquí, soy su compañero parlamentario más antiguo. Nos encontramos por primera vez en el Parlamento en 1963 y desde aquel entonces en todos los Períodos siguientes -obviamente, no en el de la dictadura- estuvimos en una u otra Cámara.

Tanto los cuarenta años que se cumplieron el 25 de noviembre -fecha en que Carlos Julio Pereyra fue electo por primera vez para integrar el Parlamento Nacional- como los cincuenta años de militancia y de actividad política, recogiendo todos los años anteriores de actividad en el Gobierno municipal, ya de por sí ameritan un homenaje. No es un hecho frecuente en la vida política de este país esa persistente continuidad. Aquí, a diferencia de lo que ocurre en otros países de la región, existe la reelección parlamentaria; sin embargo -hecho que causa asombro en el exterior- la renovación parlamentaria es pequeña, es un porcentaje bajo. En las últimas cinco Legislaturas, la renovación de Legisladores ha sido de alrededor del 70%.

De modo que esta continuidad del señor Senador Pereyra es de por sí un hecho de carácter extraordinario, que está

revelando la adhesión de la ciudadanía, por medio de su Partido, a una lucha, a un esfuerzo, a una personalidad de relieves sin duda singulares.

Pienso que para comprender o tratar de captar la personalidad de Carlos Julio Pereyra hay que tomar en cuenta tres vertientes que, a mi juicio, la forman: una es su origen pobre; otra es su formación docente; y, la tercera, es su raíz campera. Si tomamos en cuenta estas tres vertientes, podremos captar mejor lo que ha sido el trabajo, la lucha, el esfuerzo y la actividad política de Carlos Julio Pereyra a lo largo de un lapso tan dilatado. Esto es lo que de alguna manera también explica -más allá de sus condiciones de talento, de trabajador incansable, de perseverancia- que haya logrado las posiciones de destaque sin duda absolutamente relevantes que obtuvo. El hecho de haber sido el sucesor de Barrios Amorín al frente del Movimiento Nacional de Rocha no es un accidente, una casualidad, sino que es producto de todo ese esfuerzo, de esa lucha, de esa personalidad y de ese talento puesto al servicio de una causa. El hecho, como se ha señalado con lujo de detalles, de que Wilson Ferreira Aldunate lo haya elegido como su compañero de fórmula en 1971, tampoco es un hecho casual, fortuito, sino que ha sido el reconocimiento a lo que Carlos Julio Pereyra estaba representando en ese momento en el escenario de su Partido y en el de la República. El hecho de que la gente de su Partido haya delegado en él la representación en la lucha contra la dictadura en un régimen de clandestinidad, habiendo sido una de las figuras del triunvirato blanco, con una gestión tan destacada que tan bien describió el señor Senador Gallinal, también está confirmando ese esfuerzo, ese trabajo, ese talento puesto al servicio de la causa política.

Además, digo que el prestigio de Carlos Julio Pereyra en el país sin ninguna clase de dudas trasciende ampliamente el de su Partido; se debe a que él ha sido un hombre de principios muy claros, muy definidos, firmemente sostenidos, y que en ellos el valor de la justicia en su dimensión más amplia ha sido la línea rectora. Todo esto, por lo tanto, creo que justifica ampliamente este homenaje que le estamos tributando en el Senado de la República.

Quiero decir, en nombre personal y en representación del batllismo de la Lista 15 del Partido Colorado, que me siento orgulloso de haber compartido tantos años en el Parlamento con Carlos Julio Pereyra y de haber abrazado la política como la principal forma de realizarme como ser humano. Como él, siento que aquellos que abrazamos la política como la forma principal de nuestra existencia, valoramos su trayectoria, fundamentalmente por aquello de que abrazamos la política, nos dedicamos a ella, pero viviendo para la política y no de ella. Esa diferencia sustancial me parece que es absolutamente remarcable en el caso de Carlos Julio Pereyra.

Por eso mismo, al decir estas palabras en su homenaje, quiero expresarle que personalmente me siento orgulloso de ser su compañero y su amigo.

Nada más. Muchas gracias.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Larrañaga.

SEÑOR LARRAÑAGA.- Señor Presidente: es bueno que en medio de los problemas de los uruguayos y del país este Senado haga un alto en el camino para rendir homenaje a uno de sus mejores hombres.

Conocimos a Carlos Julio Pereyra, quizás más corpóreamente, en 1971 en la Radial de la Ruta 26 hacia Tambores, cuando entraba la caravana del Partido Nacional hacia dicha localidad, presidida por don Wilson y don Carlos Julio. En ese entonces, habíamos sacado sin permiso, con quince años, la camioneta de nuestro padre para recorrer 200 kilómetros para estar con el Partido y con aquella fórmula que generaba la esperanza de los uruguayos e iluminaba el firmamento político nacional. Luego del acto de Tambores pinchamos dos veces y terminamos llegando en la noche arriba de un camión. Allí también fue extraordinaria la presencia multitudinaria de la ciudadanía.

Don Carlos, como dijo el señor Senador Gallinal, fue convencional del Partido, Edil de la Junta Departamental de Rocha; miembro del Concejo Departamental de Rocha; electo Diputado en 1962; cofundador, junto a Javier Barrios Amorín, del Movimiento Nacional de Rocha; en 1966 es electo Senador Nacional; en 1971 integró la fórmula con Wilson que tantos uruguayos, habiendo querido votarla, nunca tuvimos la oportunidad de hacerlo porque primero no teníamos edad y después, cuando la teníamos en 1984, la dictadura militar no dejó que presidiera los destinos de nuestra República.

Desde el golpe de Estado de 1973, luego de ser proscrito por el acto institucional Nº 4, con Wilson desde el exterior, con don Carlos Julio y otros muchos compatriotas defendieron la libertad auspiciando el retorno a la civilidad y a la democracia uruguaya.

Integró el Triunvirato del Partido Nacional y fue cofundador de ACF. En 1984, en la Convención de Trouville cuando gritábamos: “Sin Wilson no queremos nada”, fue proclamado, precisamente con Wilson, en aquella fórmula. Naturalmente, después, por imperio de los que mandaban, se impidió que la ciudadanía uruguaya los hubiera convertido, sin lugar a dudas, en los rectores del destino del país.

Fue electo Senador, nuevamente, en las elecciones de 1984 y candidato a la Presidencia de la República en 1989, contribuyendo enormemente a aquella extraordinaria victoria del Partido Nacional.

En las últimas elecciones, a las que me voy a referir al final, también volvió a ser reelecto Senador, lo que permite, precisamente, el cumplimiento de estos cuarenta años en el Parlamento de la República.

Don Carlos ha sido, como se ha expresado aquí, un símbolo y ejemplo de la democracia uruguaya, de la civilidad uruguaya y de la austeridad de la mayoría de los políticos uruguayos. Ha sido, precisamente, un ejemplo de esa dignidad y altivez republicana de otros tantos compatriotas que han contribuido a la mejor historia de la democracia uruguaya que es la historia de la libertad. Ha sido un ejemplo de los que luchan por la libertad en forma permanente; ejemplo también de quienes integran el propio sistema político uruguayo, al cual hay que devolverle la credibilidad en su relación con la gente, sentimiento tan perdido en estos tiempos, por muchas circunstancias que no vienen al caso.

Su lucha también ha sido por claros valores que han impulsado su esfuerzo político en defensa de los más caros principios del Partido Nacional, como de la honradez y la moralidad administrativa. Estos conceptos que para algunos pueden parecer pasados de moda, han impregnado la mejor historia de nuestra colectividad política.

Creo que ha sido, sin lugar a dudas, una estupenda idea del señor Senador Gallinal, pedir precisamente esta sesión del Senado.

Con don Carlos hemos tenido encontronazos porque los dos somos de mal ensillar y a veces se nos corre la cincha, no obstante lo cual, después que el humo de la borrasca se disipa queda, sin lugar a dudas, el afecto por quien representa un pedazo genuino y enorme del Partido más épico y glorioso que tenga la historia política de este país y que se llama Partido Nacional.

Se dice que los que luchan son buenos cuando luchan algún día, y seguramente son mejores los que luchan más días, aun cuando son imprescindibles aquellos que luchan siempre. Y, don Carlos, es un obcecado y porfiado luchador por las cosas de su país, de su terruño; ha luchado por las reivindicaciones sociales y por la reivindicación de otras banderas sobre las que nuestro Partido alertó al país entero. Me refiero a las causas estructurales que en buena medida refieren a los fenómenos que desencadenan la pobreza como es la migración espacial en el país. En aquel momento, Wilson y él, fueron de los pocos que hablaron de la descentralización y del acondicionamiento poblacional en la superficie del país como forma de generar desarrollo y equidad en los bolsones de injusticia que muchas veces recrea un país pequeño como el nuestro. Esto ocurre cuando muchas veces al país se lo mira diferente en función del lugar donde se viva y donde para muchos se ha roto el principio de igualdad de oportunidades, por lo menos en el arranque. Eso es algo que lo sabemos precisamente a partir de la prédica de Wilson y de Carlos Julio que explicaban todo esto en aquellos estudios de la CIDE y a través de aquel documento llamado "Nuestro compromiso con Usted" del año 1971. Son esas causas las que aún se recrean como una alarma encendida en torno a tremendas dificultades que tiene el país.

Simplemente quiero terminar expresando y confesando en forma pública que para mí fue un honor, en la última instancia electoral de 1999, luego que tuviéramos una derrota electoral en octubre de ese año y luego de haber perdido la instancia electoral interna del 25 de abril del mismo año, haber compartido una lista al Senado de la República con don Carlos y haber logrado también, mediante el esfuerzo de todo el país, y la contribución de miles de ciudadanos que nos acompañaron, que también se pudiera concretar este homenaje de cuarenta años de actividad parlamentaria de este señor de la política nacional y del Partido Nacional.

También deseo expresar nuestro agradecimiento, don Carlos, porque seguramente, por usted, muchos uruguayos son blancos y, por usted, muchos blancos no han dejado de ser blancos.

Muchas gracias.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Barrios Tassano.

SEÑOR BARRIOS TASSANO.- Señor Presidente: si hoy no estuviera ocasionalmente en esta banca y se produjera este sentido acto de homenaje a don Carlos Julio Pereyra, estaría allí en la barra del Senado o escudriñando en mis recuerdos para enviarle aunque fuera una carta donde le expresara mis sentimientos, mis respetos y admiración a este hombre singular, que sin haber sido su amigo en la natural concepción del vocablo, la vida me permitió conocerlo de cerca siempre como adversario político pero, afirmo, nunca como un enemigo.

No concibo a nadie con militancia en la vida política del país que pueda catalogarle su enemigo, como tampoco debe haberlo quien no tenga el grado de respeto bien ganado que solo se merecen quienes pueden exhibir una vida entera sin dobleces en la exigente vidriera de los hombres públicos.

Don Carlos Julio Pereyra es el espejo del político uruguayo. Pero también es el espejo del hombre uruguayo. En su personalidad y en su trayectoria nos miramos todos en el afán de que algún día merezcamos la consideración y el aprecio que por él tiene todo ciudadano de este país, cualquiera sea el grado de comunión ideológica que tenga con él.

Sería oneroso que después de oír a los distinguidos Senadores que me han precedido me dedicara a destacar su extensa labor parlamentaria o todos los méritos partidarios

o sus innegables virtudes ciudadanas; en definitiva, me permitiré solo algún anecdotario de los que guardo en mis mejores recuerdos.

En mi temprana juventud le conocí en el Instituto magisterial particular de su hermano Rosalío en los cursos a los que los estudiantes magisteriales de mi pueblo concurríamos ocasionalmente en su ciudad de Rocha.

Era, señor Presidente, igual que ahora, apariencia severa, presencia adusta, observador inquisitivo de sus interlocutores, siempre profundo en la comunicación de sus conocimientos, exigente docente vareliano, recto, como todas las cosas de su vida, examinador severo y justo sin claudicaciones. Fui muy poco su alumno, pero son muchos los recuerdos del maestro y ahora, más de medio siglo después, al reencontrarlo, hacen que me plazca particularmente dirigirme a él, con el mismo respeto, llamándolo siempre "profesor", quizás como el homenaje impensado que le hacemos a los maestros que nos dejaron huellas para toda la vida.

En su militancia partidaria, los avatares de la vida política, siempre azarosa para todos los que la abrazan, no lo desviaron nunca del camino de la rectitud más ortodoxa. Sus adversarios, los de todos lados, los de su partido, los del mío o los de cualquier otro supieron siempre que sus inquebrantables convicciones nunca fueron negociables, a cambio de ningún precio, por cuanto todos sabían muy bien que, aunque no se compartieran sus posiciones, eran intelectualmente honestas. Entre ellos deben estar primordialmente todos y cada uno de los que quebraron la vida institucional democrática de la República en los aciagos años de 1973. ¡Qué recuerdos! Carlos Julio viajaba en ómnibus de Rocha a Montevideo, nosotros en San Carlos sabíamos cuándo pasaría porque en la escuela le esperaban, disimuladamente, como por casualidad, sus amigos ávidos de noticias. Venían a la confitería de todos lados. Cuando la Cynsa marchaba, los comentarios quedaban. ¿Qué se sabe de Wilson? Está en Londres. Va para España con Juan Raúl. ¿Amnesty International se expidió? ¿Recibieron carta? etc., etc. Otras veces era lo del Club Naval o la posibilidad de un plebiscito. Otras, el agravamiento de las restricciones a libertades políticas. Sus amigos preguntaban y éramos todos los que queríamos saber, de un protagonista de primera línea, lo que pasaba en el país con veracidad y objetividad.

El representaba la "resistencia" y nos representaba a todos con liderazgo inobjetable sin pesar de los antagonismos partidarios, pues este compañero que hoy homenajeamos era uno de los abanderados de la libertad.

Con el temor de alguna omisión de mi memoria, le recuerdo a Heraclio Pérez Ubici, José Arosteguy, Rafael Fossemale, los hermanos Juan y Julio Barbachán de Pan de Azúcar, Efraín Díaz, Abel Odizzio y tantos otros de sus seguidores.

Señor Presidente: podría recurrir a otros anecdotarios, pero no desearía finalizar estas palabras sin tener un afectuoso recuerdo para dos amigos míos, mejor debo definirlos como dos amigos comunes, que me daban permanentes pautas de las verdaderas dimensiones espirituales y morales del profesor Pereyra, dos amigos míos que fueron más que sus correligionarios o sus admiradores, diría que fueron sus hermanos y que hoy estarían muy felices si la vida de ambos lo hubiera permitido. Deseo nombrarlos como un regalo al profesor. Me refiero a Ernesto Amorín Larrañaga y a Velarde González Niego, rochenses, rochanos y fieles discípulos suyos hasta su muerte.

Usted y yo, estimado profesor, sabemos cuán felices estarían ambos en el momento en que la augusta sala del Parlamento libre, de la República libre, se abre reverente a su homenaje. Usted, que tiene la suerte de poder hacerlo, véalos allí, en el lugar donde van los buenos, véalos con sus sonrisas francas, mírelos emocionados y con sus semblantes bonachones sonreírse con orgullo por el maestro y el amigo de todas las horas. Yo, un agnóstico empedernido, quiero soñar que también me están mirando y desde alguna nube a mí también me están sonriendo, seguramente agradecidos por haberlos hecho presentes hoy en este acto.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Millor.

SEÑOR MILLOR.- Señor Presidente: en pocas oportunidades en estos dieciocho años hemos incursionado en una circunstancia tan grata, en lo personal, como ésta. Esto dicho con prescindencia del homenajeado porque, desde hace mucho tiempo, hemos venido sosteniendo que somos partidarios de los homenajes en vida de aquellas personas que merecen ser homenajeadas. ¡Y vaya si don Carlos Julio Pereyra merece este homenaje!

En el caso del homenaje que le rindo, creo que hay muchas cuestiones de carácter personal. Por ese motivo, comienzo por compartir todos los conceptos que se han emitido sobre don Carlos Julio Pereyra. Diría que podría homenajear al maestro, al profesor, al Edil, al gobernante departamental, al Diputado y al electo seis veces Senador. Si los cálculos no me fallan, de no haber acontecido el rompimiento institucional, en el año 2001 hubiese sido electo por séptima vez como Senador de la República. Sin embargo, prefiero homenajear otras cosas que tal vez, para mí, sean más importantes que todo lo que acabo de señalar y que van más allá del currículum impresionante que sobre don Carlos nos han proporcionado.

En primer lugar, creo que estamos homenajeando una de las pocas cosas que creo o quiero creer que une a los 130 integrantes de esta Casa en este Uruguay en el que nos formamos y al que yo denomino el Uruguay de la oportunidad. Aquí se ha insistido en el origen humilde de don Carlos Julio Pereyra y mis amigos de Rocha mucho me han hablado precisamente de lo que fueron esos orígenes.

Es la demostración viviente de que en Uruguay se puede

y se tiene que seguir pudiendo. Empezar como maestro de un departamento que en aquella época quedaba más lejos que hoy en día, y llegar a ser, en el momento actual, de los ciento treinta integrantes de esta Casa el que lleva más elecciones en las cuales el pueblo lo consagrara Legislador no es poca cosa.

Desde el punto de vista personal, creo que estamos homenajeando una suerte, lamentablemente no de "ser", sino de "deber ser". Don Carlos Julio Pereyra es un producto típico del llano. Durante mi vida he visto a muchos que empiezan en el llano y cuando llegan a las alturas se marean. Algunos no necesitan escalar una montaña; he visto mareados en un cerrito, que caen y pasan a ser, en esto tan difícil que es el quehacer político, tristes anécdotas que se van aventando como las migajas que caen del mantel después de un banquete.

Desde el momento en que tuve la oportunidad de compartir trabajos con don Carlos Julio Pereyra, en una Comisión del Senado, me di cuenta de que es una persona que surgió del llano, pero que no se mareó con los cargos que ocupó ni las condecoraciones que el pueblo le otorgó en las urnas, sino que siguió siendo el mismo. Estoy homenajeando algo que respeto mucho, incluso, en personas que pueden estar en mis Antípodas -aclaro que ese no es el caso de don Carlos Julio Pereyra- y algo que valoro mucho, que es la coherencia. Tal vez me esté equivocando, pero cuando era Secretario de mi madre en su segunda legislatura y don Carlos Julio Pereyra ingresaba en su primera legislatura, creo que el primer proyecto que presentó tenía que ver con la tenencia de las tierras de nuestro país por extranjeros -si no fue el primero, habrá sido el segundo o el tercero- y, probablemente, el próximo año este proyecto cumpla cuarenta años. Don Carlos Julio Pereyra sabe que nunca fui partidario de ese proyecto de ley, pero reconozcamos todos que hace cuarenta años que está luchando por la misma iniciativa y, a mi juicio, la coherencia es muy importante. Muchas cosas uno las percibe según lo que los amigos le dicen y, más que a un Senador, a un ensayista, a un periodista, a un maestro o a un profesor, estamos homenajeando a una persona que detenta el título, muy difícil de conseguir y de mantener en estos momentos, de buen vecino. Así lo definen todos en Rocha. Me dicen que es un buen vecino, como yo me atrevería a decir que es un buen compañero de trabajo.

A título muy personal, quería agregar que tengo mis propios afectos y mis propios respetos, y quiero mucho a mis respetos y a mis afectos. Unos pocos de ellos son heredados y por eso los valoro más. En este Recinto reducido tengo dos respetos y dos afectos que son heredados: uno es mi compañero de Partido, Juan Adolfo Singer que el próximo año también estará cumpliendo cuarenta años como Legislador, y el otro es don Carlos Julio Pereyra. Mientras que el señor Senador Pereyra fue electo en 1962, el señor Senador Singer ingresó en 1963 y fueron compañeros de mi señora madre en la Cámara de Representantes. Para mí ese tipo de respeto y de afecto tiene un valor muy superior a los que yo genero de "motu proprio" por aquello de que creo y valoro lo que mis mayores me han enseñado.

A este respecto, quisiera contarles una anécdota que don Carlos Julio Pereyra jamás hubiese hecho pública por su generosidad. Cuando ingresé al Senado el 15 de febrero de 1990, luego de haber estado cinco años como representante nacional, lo hice con mi respeto y mi afecto heredado a don Carlos Julio Pereyra. De alguna manera elíptica debo haber tratado de manifestárselo. Tuve la suerte de integrar la Comisión de Educación y Cultura junto con él, pero al poco tiempo se suscitó en el Parlamento Nacional una discusión -creo que fue en una Ley de Presupuesto- sobre cómo debían integrarse los órganos rectores de la enseñanza en nuestro país, concretamente el Consejo Nacional de Enseñanza Primaria. Mi madre, que también fue maestra, había sostenido una posición en sus dos legislaturas. En el año noventa yo no compartía esa posición y mi madre tampoco. A veces, evolucionar en función de cómo cambian los tiempos es algo lícito. Don Carlos Julio Pereyra no sabía que yo conocía esa posición de mi señora madre -que venero, porque tengo la suerte de tenerla viva con 94 años- y tuvo la deferencia, antes de comenzar esa sesión parlamentaria -creo que fue la primera vez que tuvimos una conversación personal en serio-, de acercárseme y mostrarme el Libro de Sesiones del año 1963, diciéndome: "Esta fue la posición de su señora madre. No la necesito para defender mi posición, que es la misma que la que tenía su madre en el año 63. Quiero saber si para usted sería un agravio que yo la citase como uno de los antecedentes de la posición que defiendo". Con total sinceridad, señalo que quedé sorprendido. En este mundo de mezquindades, de méritos liliputienses y de puñaladas traperas, quedé tan gratamente sorprendido que pedí por favor al señor Senador Pereyra que ese fuese el primer ejemplo en mencionar. Personalmente, también quería reivindicar esa posición del año 63 de mi señora madre y explicar por qué había cambiado tanto para ella como para quien habla. Además, quería explicar que la votación de mi madre en el año 63 no condiciona mis votaciones de 1990 ni del 2002. Pero voy a otra cosa. He conocido a más de uno que lo hubiese guardado bajo el poncho para lanzarlo y no los reprocho porque esa es una forma de luchar en política. Pienso que, en aquel momento, don Carlos Julio Pereyra hizo una carta de presentación demostrando que, más allá de tener enfrente a un Legislador con vasta experiencia, tenía que prepararme para convivir, en el Plenario y en las Comisiones en que me tocase actuar junto con él, con un caballero que merecía ser tratado de manera recíproca. Estaba hablando con un caballero, con un estilo de hacer las cosas que en el Uruguay se ha ido perdiendo de a poco. He valorado mucho esta anécdota y la he repetido cada vez que tuve oportunidad de explicar el porqué de ciertos afectos y ciertos respetos con personas que no son de mi Partido.

He tenido coincidencias y discrepancias con don Carlos Julio Pereyra y en ambas me he sentido muy feliz. Quiero aclarar al señor Senador que cuando hemos coincidido en la defensa de algún postulado, su posición me ha fortaleci-

do en la mía, porque no es el respaldo de cualquiera, sino de alguien a quien valoro y estimo mucho. Asimismo, quiero aclararle que, cuando me ha tocado discrepar, también me he sentido fortalecido, porque en la vida he aprendido que no es lo mismo discrepar con un mediocre o un improvisado, que con una persona de gran estatura moral, de gran talla intelectual y de una trayectoria que está fuera de toda discusión.

Entiendo que los blancos, con justo motivo, reivindican a don Carlos Julio Pereyra. Creo que hacen bien. Desde ya y sin entrar en la interna del Partido Nacional, espero que vuelva a ser Senador en las elecciones de 2004.

Yo soy de los que creen -y aclaro que no me estoy metiendo en la interna de ningún Partido, como así tampoco lo estoy tratando de viejo, sino de veterano luchador, que no es lo mismo- que las viejas banderas de guerra se guardan llegado el momento, pero mientras tienen vigor como para seguir flameando y abran el camino de los nuevos combatientes que siempre están detrás de esas viejas banderas, quienes tienen la suerte de tenerlas no se pueden dar el lujo de desperdiciarlas; deben hacerlas flamear con hidalguía.

Entonces, los blancos hacen bien en reivindicarlo como integrante de sus filas, y nosotros, los colorados, nos aprontamos para luchar en el 2004 contra una leyenda con la que no se puede utilizar el agravio ni la ofensa, porque no hay tal predisposición para eso. Permítanme los blancos que reivindique a Carlos Julio Pereyra como parte del acervo político de este país y que me sirva a mí su trayectoria, su ejemplo, su austeridad y su dignidad para reivindicar algo de lo que estoy orgulloso: ser político de la República Oriental del Uruguay.

Muchas gracias.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Michelini.

SEÑOR MICHELINI.- Señor Presidente: antes que nada quiero señalar que no soy muy adicto a este tipo de actos. Más allá de que en esta Casa, con el correr del tiempo uno hace amistades y gana afectos, no estamos aquí en representación de nuestros afectos, sino de los ciudadanos, ideales, vocaciones y convicciones, es decir, del conjunto de la ciudadanía. Por lo tanto, no me siento cómodo en este tipo de instancias, aunque en el caso de Carlos Julio Pereyra, sinceramente me pasa algo bien distinto, en la medida en que no lo conocí en esta Casa ni a través de alguna presentación formal. Lo conocí a través de cuentos en el seno familiar, de esos que se hacen en las casas de aquellos que somos hijos de hombres públicos y en las cuales -como muchos de los que estuvieron y fueron compañeros de mi padre- todos ellos forman parte de la vida cotidiana. Seguramente para él, nosotros, los hijos de Zelmar, seríamos un montón, y quién sabe cuándo identificó que uno existía o no. Por lo tanto, yo me siento, en este, no digo homenaje, sino alto en el camino, llamado a decir algunas palabras breves y quizás algo descoordinadas.

Quisiera ensalzar algunas de las virtudes y de las enseñanzas que el señor Senador Carlos Julio Pereyra dejó en nosotros y que quizás desconoce que las ha dejado. No me voy a referir a la tarea parlamentaria, que vaya que es importante, fértil y que ha sido de muchos años, por lo cual habría que hacer un repaso de su actividad parlamentaria para hablar con la propiedad que corresponde.

Carlos Julio Pereyra es, fue y será un luchador, y la vida lo encontró en esa lucha a través de una tribuna parlamentaria y política, y en los años de dictadura también luchó, tenazmente, día tras día. Si bien para la dictadura hubo muchos dolores de cabeza, seguramente Carlos Julio Pereyra haya sido uno de los que más dolores de cabeza provocó a los militares. Incluso, muchos deben haber pensado y planeado de qué manera sacárselo de encima. Las nuevas generaciones, aquellas que nacieron luego de la recuperación de la democracia, no terminan de calibrar lo que significó la omnipotencia que tenían los propios militares y cómo había algunas velas, luces, insignias que marcaban la lucha contra la dictadura y a favor de la libertad.

El ha tenido, tiene y seguramente tendrá por el resto de sus días, coraje político que marca su personalidad. Este coraje es muy especial y va desde el relacionamiento con las personas hasta los temas fundamentales. Todos sabemos que su relación con Wilson Ferreira Aldunate no fue menor -¡vaya que fue profunda!-, pero imagino esos tiempos de dictadura en los cuales la personalidad de Carlos Julio Pereyra pautó esa relación con lealtad. Conociendo a Wilson Ferreira Aldunate y pensando en cuando estaba en el exilio, con los síndromes que eso significa, la angustia y la necesidad de que la dictadura cayera cuanto antes, y con la idea de que la resistencia que aquí estaba hiciera tal o cual cosa, naturalmente la relación con Carlos Julio Pereyra le dio un marco de realidad, de resistencia y de lucha continua en cuanto a cómo se iban procesando las cosas a través de la lucha interna del pueblo uruguayo y de las instancias o hitos que se marcaron, como aquel noviembre de 1980, con el "No" que terminó dando la derrota quizás más crucial a la dictadura.

Ese coraje político también se basó en lo que fue el voto negativo a la Ley de Caducidad, y más allá de que cada uno pueda tener su opinión y su convicción de lo que significó esa ley y que todavía vibre en los corazones de los uruguayos de una u otra forma, Carlos Julio Pereyra se plantó a pesar de que las presiones de aquel momento deben haber sido inmensas. Y nadie puede decir que eso lo hacía con una especulación política, electoral o en función de un lugar determinado en su Partido. Lo hizo por una convicción propia, aquella que tienen los hombres y mujeres cuando,

en el acierto o en el error, se mantienen fieles a una postura.

Por lo tanto, creo que el coraje político es una de las principales virtudes; defender lo que defendemos, si lo hacemos con convicción y fundamentos, es muy importante, pero lo es aún más si lo hacemos con coraje y fundamento, sabiendo que estamos representando a mucha gente y que no depende de lo que uno termine pensando. Pero hacerlo con el coraje político de la soledad de decir "voy a defender esto porque no me podría mirar al espejo si tengo una opinión contraria", me parece que es de un coraje supremo, que quizás pocos en la vida puedan tener. Estoy seguro de que Carlos Julio Pereyra tuvo esos momentos en la vida y salvó con creces esas circunstancias.

Uno mide a las personas por esos hitos y no por tal o cual ley o circunstancia común de la vida política. Las medimos por esos hitos increíbles, por situaciones especiales, ya sean posturas o discusiones políticas, pero en las cuales todos los ciudadanos nos están probando a quienes estamos en la vida pública y representamos a aquellos que no están en estos ámbitos parlamentarios.

Quiero terminar, señor Presidente, refiriéndome a algo que me erizó la piel y que de alguna forma marca lo que han sido la trayectoria y la vida personal y política -no parlamentaria, aunque se trata de una instancia de esa naturaleza la que voy a plantear- de Carlos Julio Pereyra.

Rescato mucho más a aquel hombre de la lucha contra la dictadura, al hombre en su relación con las Constituciones y las libertades, y su defensa de los derechos humanos, que al que se ve sometido a la monotonía o rutina -como también me sucede a mí en estos últimos años- del trabajo diario en el Parlamento, y por las cuales se nos puede, naturalmente, juzgar. Por este motivo deseo resaltar esa instancia política suprema en la que muchos han estado y que, repito, Carlos Julio Pereyra ha salvado con creces. En tal sentido, voy a leer las últimas palabras que pronunció en este Parlamento antes de que irrumpieran los militares. Si no recuerdo mal, se venía hablando esa noche de un tema vinculado a ANCAP, y creo que era Carlos Julio Pereyra quien estaba haciendo uso de la palabra; luego se suspende la sesión, y una vez reanudada hablaron varios parlamentarios, entre otros, Luis Hierro Gambardella, Wilson Ferreira Aldunate y Carlos Julio Pereyra. Naturalmente, ya no se referían a ANCAP, porque en ese momento eso no importaba nada, ya que estaban en juego las libertades públicas, la democracia, la institucionalidad del país y el destino de miles de uruguayos que tendrían que emigrar, que perderían su empleo, que irían presos y que eventualmente morirían debido a la represión que se avecinaba. En esas circunstancias se levantó la voz -no en soledad, porque tenía el apoyo de muchos- de Carlos Julio Pereyra, expresando lo siguiente: "Señor Presidente: la República ha pasado por sombras como las de esta noche; pero, como en esta hora, también, ha habido quienes adelantándose a los hechos, con una visión de porvenir, anunciaron: 'Pronto en este Recinto volverán a levantarse las voces de los hombres libres'. Creo que la libertad es tan eterna como el hombre y tan inmortal como las conquistas espirituales que el hombre ha conseguido a través de toda su evolución. En consecuencia, quiero señalar mi profunda fe en el pleno resurgimiento de las libertades públicas porque el pueblo uruguayo no sabe vivir sin ellas. Nuestro pueblo tiene un viejo pacto firmado, indisoluble, con la libertad, que arranca de los días tristes de 1811 y que se ha afirmado a través de nuestras luchas cívicas y que es inmortal. Por ello no podrá apagar la luz de la libertad ninguno de los tiranos o aspirantes a tiranos que esta noche están tramando la muerte de la República. Ella no morirá".

Gracias, Carlos Julio Pereyra, por este testimonio.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Heber.

SEÑOR HEBER.- Señor Presidente: en estos homenajes tan sentidos y justos, es muy difícil no repetir algún concepto o no subrayar alguna reflexión que coincida con palabras ya vertidas por otros señores Senadores.

Quiero homenajear a Carlos Julio Pereyra en dos sentidos. En primer lugar, desde el punto de vista del sector político que integro; quiero homenajearlo como herrerista. Esto tiene un significado muy importante en mi Partido, porque lamentablemente en el pasado sufrió divisiones que parecían irreconciliables. Tanto es así que votábamos en lemas distintos. Sin embargo, debido a la acción de varios pro-hombres del Partido Nacional Independiente y del Partido Nacional -como se le llamaba al que aglutinaba al Herrerismo-, se pudo generar la unión de todo el Partido. Esas circunstancias a veces no son comprendidas por algunas generaciones; sí por aquellas que han vivido esas luchas internas, y a menudo son peores que las que se dan entre Partidos. Por lo tanto, hoy quiero hablar como herrerista, porque el Herrerismo quiere hacer, también, un homenaje -y seguramente harán uso de la palabra otros herreristas- a quien es baluarte y ejemplo del Partido Nacional, al Senador, pero también a la persona, por lo que se ha dicho y por lo que vamos a agregar.

Deseamos referirnos al Senador Carlos Julio Pereyra y a don Carlos Julio Pereyra, que son dos caras de una misma moneda, que hacen justamente ese material que no se dobla ni se quiebra, transformándolo en ejemplo de todos los sectores del Partido, porque es un ejemplo partidario y no sectorial. No quiero robar nada al Movimiento Nacional de Rocha, sino simplemente compartirlo con él.

Señor Presidente: debo confesar que hace ocho años que estoy sentado al lado de Carlos Julio Pereyra -lo he dicho y lo vuelvo a repetir-, y todavía no salgo de mi asombro; me parece increíble estar sentado al lado de Carlos

Julio Pereyra. Voy a explicar de forma sencilla este sentimiento. Soy de una generación que nace a la vida política en forma clandestina, y los hechos políticos que nos han golpeado son los que nos llevan a la militancia, y no solamente por ser hijos de quienes somos, ya que el origen humilde de Carlos Julio Pereyra demuestra que no formamos una clase aquí adentro, sino que somos un sistema político. No todos aquellos que somos hijos de políticos hacemos política. Por ejemplo, yo tengo cinco hermanos, y el único que se dedica a esta actividad soy yo. Es así que me gusta hablar de sistema, y la trayectoria y origen de Carlos Julio Pereyra demuestran que este es un sistema.

Fue amigo de mi padre y compañero de esa generación de oro de este Senado. Muchas veces me pregunto si cuando estamos discutiendo algún proyecto de ley, Carlos Julio Pereyra comparará el Senado anterior con el actual, porque creo que no saldríamos muy bien parados. Él es quien une esa generación con ese interregno feroz que mucho daño hizo al país. Cuando hablamos de los cuarenta años de Legislador del señor Senador Carlos Julio Pereyra, incluimos doce años en los que no lo dejaron serlo y el país se perdió gran parte de su colaboración como Legislador.

Decía que no salgo de mi asombro y que me parece increíble estar sentado al lado de Carlos Julio Pereyra, cuando recuerdo que en la década del setenta, cuando venía Carlos Julio a mi casa y mi padre me enviaba a abrile la puerta, me sentía un poco cohibido -en esas circunstancias apenas teníamos un diálogo en el ascensor- por estar frente a una figura de semejante talla partidaria. Incluso, muchas veces tenía ganas de quedarme en las reuniones que se celebraban en el living de mi casa, pero por supuesto debía ir a mi cuarto mientras Carlos Julio Pereyra, mi padre y Dardo Ortiz pensaban en la resistencia que haría el Partido Nacional.

Repito -y lo he dicho muchas veces a mis compañeros- que todavía no salgo de mi asombro por el hecho de ocupar una banca al lado de la de una figura como la de don Carlos Julio Pereyra; cuando yo tenía 15 años él ya era una figura, y ha sabido mantenerse en el Partido Nacional a lo largo de todos estos años, como nos gusta decir a nosotros los blancos, sin perder ni una prenda del apero.

Es así, señor Presidente, que quiero recordar especialmente el conocimiento directo de Carlos Julio Pereyra que, como militantes del Partido Nacional, tuvimos en épocas duras, en las que teníamos que inventar, como se dijo aquí, cumpleaños, reuniones o fiestas para poder hablar de política. El siempre estuvo a disposición en su casa, a cualquier hora, para hablar con los militantes de las juventudes del Partido Nacional que en ese entonces queríamos tener el consejo, la información, el rumbo de los líderes que estaban en el Uruguay y que podíamos, de alguna manera, tratar. Naturalmente, no escapará a la reflexión de nadie que a Wilson lo escuchábamos a través de casetes; yo tenía un vago recuerdo de los años 1971, 1972 y 1973. Pero tener a los líderes cerca para un joven en aquella época era ya parte integrante de una acción revolucionaria. Reunirnos con los líderes que estaban proscritos era, para quienes teníamos veinte y tantos años en aquella época, parte de nuestra acción revolucionaria y de nuestra lucha a favor de la libertad, que encarnaba dentro de nuestro suelo, sin ninguna duda, don Carlos Julio Pereyra.

Es en esas épocas, señor Presidente, cuando se ve cómo quieren los hombres a su país y a su partido, y si bien nos faltaron doce años de su acción parlamentaria, tuvimos el regalo, que hoy es bandera -como se ha dicho hoy- de contar con este luchador por la libertad. En este sentido, podrá haber figuras que puedan igualarlo, pero no superarlo en esa lucha. Habrá gente que haya luchado por la libertad tanto como Carlos Julio Pereyra, pero no creo que haya nadie que haya luchado más que él. Y esa es una condecoración que llevamos todos los blancos en nuestro pecho; no importa el sector al que pertenezcamos, ni si estamos o estuvimos con él. Don Carlos Julio Pereyra es un blanco del Movimiento Nacional de Rocha que es ejemplo y permanente referencia, sobre todo en esta época, en que tanto se castiga la figura de los políticos y tantas veces se trata de emparejar y de minimizar o menospreciar y no valorar. Cuando hay riesgo de vida y de perder la libertad, cuando se juegan las cosas que valen en la actividad política, es cuando se demuestran los hombres en su debida dimensión. En ese momento están todos a prueba, y se comprueba si realmente sienten a la política como una actividad de servicio público, como decía el señor Senador Nin Novoa, o simplemente aparecen cuando las cosas son fáciles, con viento a favor y en bajada. En los instantes difíciles y dolorosos que tuvimos que vivir muchos, cuando movilizábamos clandestinamente a nuestro partido, cada vez que hacíamos un acto contra la dictadura, siempre estaba Carlos Julio Pereyra. Entonces hoy, señor Presidente, en que estamos homenajeándolo por sus cuarenta años de Legislador, estamos homenajeando también esos doce años en que luchó porque hubiera Senado cuando otros desaparecían del mapa, se refugaban -como decimos comúnmente- y no estaban a la hora de poner la cara y jugarse por el Partido y sus ideales. Me importa destacar esto porque a mi padre todo esto también le importaba, cuando estaba proscrito, impedido de hacer política, y sin embargo cualquier ciudadano, no importa dónde estuviera, le reconocía su investidura de Senador, como forma de negar el régimen imperante y reconocer en esos gladiadores -que luchaban porque nuevamente tuviéramos democracia- la esencia y la representación popular. Entonces es correcto decir que fueron cuarenta años ininterrumpidos como Legislador, porque sabemos todos que la representación se ejerce no solamente en esta Casa, sino también en la calle, siendo ejemplo también en la vida particular y personal.

Me he referido, señor Presidente, al Senador Carlos Julio Pereyra y a don Carlos Julio Pereyra, porque Senadores ha habido muchos a lo largo de la historia. No digo que llegue cualquiera, porque es difícil, pero ha llegado gente de todos los calibres y de todas las especies, sin dar juicios de valor. Lo que es realmente difícil es llegar al título de Don, porque "señor de señores" -que es el significado de la palabra Don-

se lo he dicho a muy pocas personas, y entre esos pocos está Carlos Julio Pereyra. No me nace decirlo fácilmente porque demuestra respeto, admiración, cariño, ejemplo. Hay Senadores a quienes nunca les diría Don, pero hay otros, como Carlos Julio Pereyra, que llevan el Don muy bien puesto, porque han sido a lo largo de su vida Senador de Senadores y señor de señores.

Muchas gracias.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Korzeniak.

SEÑOR KORZENIAK.- No podría, en un homenaje a Carlos Julio Pereyra, dejar de hacer alguna consideración cordial, cariñosa, admirada, porque somos amigos desde hace muchos años. En realidad, lo conozco desde hace sesenta años, y puedo decir que tenemos amistad barrial, comarcal, departamental, playera y ahora parlamentaria, porque estamos juntos aquí. Pero un homenaje de esta naturaleza -que creo que ha sido sumamente oportuno- no se basa simplemente en decir unas palabras amistosas por tratarse de un amigo. Tenemos cientos de amigos, por suerte, pero no los homenajeamos a todos. De manera que siento una especial satisfacción en adherir a este homenaje, porque Carlos Julio Pereyra es un hombre que tiene una virtud muchas veces proclamada pero no siempre practicada: a su talento, a su hombría de bien, a muchas de las cualidades que aquí se han señalado, se une un armónico ajuste, difícil de encontrar, entre su conducta y su pensamiento. Esto no es fácil, porque la vida cotidiana política, en momentos de dificultades institucionales hace que por lo general las conductas se salgan un poco de lo que realmente se piensa y el pensamiento es distinto a las conductas que se evidencian. Una persona que a veces tiene pensamientos brillantes pero no los traduce en conductas generalmente tiene algunos ingredientes de cobardía, y hay muchos con esta característica.

Y una persona que no tiene una concepción, un pensamiento correcto desde el punto de vista de quien lo está juzgando, pero que adopta conductas con fines casi histriónicos, es un demagogo. En el caso de Carlos Julio Pereyra, creo que estamos frente a una persona que ajusta sus conductas a lo que realmente piensa, por lo menos en todos los aspectos que son importantes en la vida de un ser humano. Esto no es fácil de encontrar, y las causas que lo hacen merecedor de este homenaje pueden ser variadas, pero me parece que hay una fundamental. Carlos Julio Pereyra es un hombre salido de la escuela vareliana; es un hombre que hizo la escuela con las características que Varela quería, lo cual deja una serie de huellas porque permite ver sentado al hijo del rico con el hijo del pobre, al que tiene una religión con el que tiene otra o ninguna. Todos esos valores están en la esencia de la democracia y a veces se absorben con mucha nitidez y mucha fuerza, como creo lo hizo Carlos Julio Pereyra, primero como producto de esa escuela y luego como su maestro. Creo que la escuela vareliana tiene un reflejo humano realmente serio en la persona de este amigo y miembro de este Cuerpo.

Yo decía hace unos instantes que tenemos una larguísima amistad con Carlos Julio, aunque en una época no se podía hablar de amistad sino de conocimiento, cuando veía a un hombre hecho y derecho; lo cierto es que diez años de diferencia, a cierta altura de la vida parecen una distancia enorme, pero con el tiempo somos dos veteranos. Esto sucedió en todas las instancias cuando lo miraba como un niño o un joven a alguien que veía ya maduro, y ahora que somos dos veteranos, recibo la misma satisfacción nacida del trato que me dispensa, de su persona, de verlo, de oírlo, de compartir pensamientos o de discrepar. Tenemos una cantidad de amigos comunes, algunos de ellos estrechamente amigos de Carlos Julio y estrechamente amigos míos, hasta socios. En una época, Héctor Clavijo, una de las manos derechas de Carlos Julio, era mi socio y teníamos un estudio que intentamos reflotar en Rocha, cuando nos cortaron las posibilidades laborales y nos echaron de nuestros trabajos en Montevideo. En aquella época, las fuerzas de la represión -que en Rocha eran dos o tres tipos que ni vale la pena mencionar- consideraban que un cliente que entraba en ese estudio estaba con la subversión, una frase que hoy resulta pintoresca pero entonces muy dolorosa y causante de muchos problemas.

Voy a narrar dos anécdotas que me parecen muy importantes porque revelan un sentido de la solidaridad muy especial de parte de Carlos Julio Pereyra. Diré algo que nunca le manifesté ni a él ni al Senado. Aparte -naturalmente- de sus amigos políticos en general y del contacto diario con sus amigos políticos de partido, Carlos Julio Pereyra siempre ha tenido una muy cálida amistad con compañeros del Partido Socialista del Uruguay. Esa línea la veo muy marcada. Nunca lo había dicho, pero se lo estoy diciendo ahora al Senado y, por lo tanto, a él. No sé si en el fondo este Senador que estamos distinguiendo hoy tan justamente, no tiene un poco la idea de que a largo plazo el futuro del mundo es el socialismo. No se lo he preguntado, aunque algún día lo haré.

Uno de los episodios que quería narrar data de la época de la dictadura. Por vías más o menos sinuosas vinculadas a personas que trabajaban dentro de los juzgados militares, alguien se enteró de que iban a allanar veintiuna casas del Comité Central clandestino del Partido Socialista en ese momento. Por ciertas fuentes -yo conozco alguna y él a lo mejor conoce alguna otra; nunca intercambiamos las informaciones en un grado de detalle tan grande- el señor Senador Carlos Julio Pereyra se enteró de que estaba la orden para que se realizara el procedimiento. Por otro lado, pero probablemente de las mismas fuentes donde había personas muy sacrificadas -que recuerdo con mucho cariño y que permanecían en algunos lugares de represión militar, no de juzgamiento, como los juzgados militares, a fin de contribuir a la lucha contra la dictadura, lo que les generaba incluso problemas siquiátricos muy fuertes-, una sobrina mía también se enteró de ese fenómeno. Estábamos en

Rocha con el recordado compañero José Pedro Cardoso y el también recordado escritor Carlos Martínez Moreno, junto a una parrilla encendida en horas de la noche, cuando recibí una llamada telefónica muy misteriosa en la que mi sobrina me insinuaba que había ocurrido un fenómeno que se vinculaba al color verde, referencia que significaba que los militares iban a hacer un allanamiento en las casas. Un par de horas después recibimos a un emisario del señor Senador Pereyra -no creo que haya que pedir autorización para decir que fue Héctor Clavijo, quien llegó sobre las doce de la noche-, que tenía la intención de prevenirnos sobre lo que estaba pasando, sobre esa orden que se había conocido y, sobre todo -quiero agregar- para ofrecer ayuda solidaria. Posiblemente sea frecuente que una persona que se entera de que van a detener o a allanar a un amigo le avise, pero es muy poco frecuente en esa situación, que esa misma persona -que no estaba atada por una disciplina política con el avisado- ofrezca solidaridad locativa para tratar de evitar lo que se sabía era en todos los casos una represión sin garantías de defensa. Lo quiero contar porque es un episodio inolvidable desde el punto de vista de la solidaridad humana y de la solidaridad política, no entre miembros de un mismo partido sino entre personas que cultivaban el ideal democrático, lo cual es muy importante. Se trató de un ajuste exacto y armonioso entre el pensamiento democrático y la conducta democrática, a lo que suma la solidaridad, probablemente nacida -este es el último aspecto- de ese elemento que señalaba nuestro compañero Nin Novoa, de un íntimo progresismo que hay en la persona de Carlos Julio Pereyra. Naturalmente, ese progresismo tuvo manifestaciones mucho más universales que este hecho concreto, como fue su apoyo al llamado "voto verde" en la época del referéndum contra la Ley de Caducidad.

Otro episodio que quiero mencionar tiene que ver con uno de nuestros amigos comunes más recordado. Me refiero a Pedro Montañez, Coronel ya fallecido. Dicho sea de paso, todavía no se ha hecho justicia a su memoria declarando que estaba en retiro y no en reforma, cosa que voy a reclamar hasta el fin de mis días. El Coronel Pedro Montañez fue uno de los mejores Coroneles que ha tenido el Ejército uruguayo y esto lo dijo el mismo Juez militar que lo procesó. Este Coronel, que estaba afiliado clandestinamente al Partido Socialista, era íntimo amigo del señor Senador Pereyra y de quien habla. Hace unos años el Partido Socialista le organizó un merecido y sentido homenaje -después de ser un activo de las Fuerzas Armadas fue un hombre de la dirección de mi Partido- que contó con un enorme apoyo de la juventud para la cual tenía un particular y apropiado estilo. El Partido Socialista deliberó acerca de quiénes iban a hacer la oratoria de ese homenaje a una personalidad que había fallecido joven. Entre los oradores principales se propuso al señor Senador Pereyra. Cuando lo invitamos, recibimos la respuesta afirmativa, como no podía ser de otra manera. Entonces, el señor Senador Pereyra fue al local político central del Partido Socialista, al cual él no pertenecía, a dar su discurso. De acuerdo con las tradiciones y costumbres de este país, no es fácil que un sector político invite como orador para homenajear a uno de sus militantes fallecidos a un alto dirigente de otro partido -esto es mérito de mi partido- ni tampoco lo es -por el contrario, es mucho más difícil- que un connotadísimo dirigente de otro partido vaya a hacer su discurso en el local central, tradicional e histórico de otro partido. Eso lo hizo el señor Senador Pereyra ajustando su conducta, y me consta que por ello recibió críticas de algún correligionario, más bien un despistado. Es cierto que las recibió, aunque no sé si directamente.

Como decía, el señor Senador Pereyra ajustó estrictamente su amistad, su recuerdo, su admiración por ese compañero fallecido, y la conducta fue exactamente la expresión material y espiritual de lo que pensaba.

He pretendido traer la memoria de estos dos episodios que marcan una personalidad muy especial. No puedo ocultar que mucho me hubiera gustado que el señor Senador Pereyra, dado que es un hombre progresista, estuviera dentro de una fuerza política como la nuestra, que pretende ser la fuerza más progresista. No lo puedo ocultar, como tampoco que pienso que algún día alguien me puede recordar con cariño diciendo que yo manifestaba todo lo que pensaba con sinceridad y franqueza. Por eso lo he dicho; no es una cosa habitual y nunca se lo he expresado al señor Senador Pereyra. Creo que él me hubiera dicho: "¿Tú qué piensas? ¿Voy a romper el lema?" Seguramente, esa sería una respuesta, ya que en otra oportunidad, a raíz de otro tema, se lo he escuchado decir en una rueda de amigos.

El señor Senador Nin Novoa ha expresado, con total brillantez y claridad, la posición de nuestra Bancada en cuanto a adherir cálidamente a este homenaje, pero sentía la necesidad de decir algunas palabras más que, quizás, revelan una relación personal de muchos años que, seguramente, va a seguir otros muchos años más y de la cual me siento muy orgulloso.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Herrera.

SEÑOR HERRERA.- Señor Presidente: es una decisión justa y oportuna del Senado la que ha reunido hoy a mucha gente en este recinto para tributar un acto de reconocimiento y un homenaje al señor Senador Pereyra. Aquí hay familiares, amigos personales, amigos políticos, votantes, adversarios políticos, que al mismo tiempo son amigos personales; sin embargo, a quien habla no se le aplica ninguna de las categorías precedentes. Aún más; en materia de gestión parlamentaria, 40 años me separan del señor Senador Pereyra.

Hoy es mi primer día como Legislador, esta es mi primera sesión en el Senado de la República y estas son las primeras palabras que pronuncio en mi calidad de Legislador en este recinto. El señor Presidente y quienes seguramente han

pasado por esta experiencia, comprenderán que los días previos a ocupar una banca en el Senado, una de las preguntas que nos hacemos -al menos yo me la he formulado- tiene que ver con cuándo será la mejor oportunidad para abrir la boca, para decir algo que no sea banal y, al mismo tiempo, sin pretender trascender para la historia, tener una intervención justificada. Es entonces que mis primeras palabras son para manifestar mi agradecimiento al señor Senador Pereyra por haberme dado una razón, un motivo más que justificado para hacer uso de la palabra.

Como no tengo un pasado que me pueda unir con el señor Senador Pereyra -aunque conozco y respeto profundamente su trayectoria-, quiero terminar mis palabras refiriéndome al futuro que espero de él. Por ser un verdadero maestro del Parlamento, espero que me permita recibir lecciones de su maestría en esta gestión parlamentaria que inicio en el día de hoy y que, a su vez, él reciba de este debutante un respetuoso y afectuoso homenaje y reconocimiento a lo que es y a lo que todos vamos a seguir recibiendo de él.

Muchas gracias.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador Couriel.

SEÑOR COURIEL.- Voy a ser muy breve. Quiero expresar que para mí significa un honor poder participar de este homenaje en vida que, sin duda, merece el señor Senador Pereyra.

Tengo la alegría de poder hablar y expresar mi afecto, que sin duda lo tengo, por el señor Senador Pereyra en un homenaje en vida que me parece muy justo y que, por sobre todas las cosas, considero muy constructivo y positivo que los haya.

Esta es la segunda oportunidad que tengo, en el ámbito legislativo, de homenajear a alguien que cumple 40 años como Legislador. Hace unos años, en la Cámara de Representantes, lo hice por el señor Diputado Francisco Rodríguez Camusso, a quien homenajeamos también por sus 40 años de labor parlamentaria. Hoy estamos homenajeando probablemente dos cosas, es decir, 40 años de parlamentario y 80 años de vida, con la estupenda lucidez que tiene hoy el señor Senador Pereyra.

Cuando uno quiere homenajear a alguien y tiene una relación personal como a la que hacía referencia el señor Senador Korzeniak, puede decir que hace 60 años que lo conoce o tratar de ver cuáles son sus cualidades o con qué criterios las puede analizar. Yo siento al Senador Carlos Julio Pereyra, en primer lugar, como un caballero, lo cual no es poca cosa en esta vida política; en segundo término, lo considero un hombre absolutamente honesto; en la vida política, tampoco esto es poca cosa.

Senador Carlos Julio Pereyra: usted enaltece la política del Uruguay y lo hace, además, en un momento muy especial, porque estamos viviendo una etapa histórica de descreimiento en la política, de descreimiento en los partidos políticos y de descreimientos en los propios políticos. En algunas oportunidades, he manifestado que esto tiene que ver con ciertas características de la ideología imperante, que muchas veces se transmite por los medios de comunicación y que de alguna manera afecta a esta institución parlamentaria. Pero su actuación, su forma de ser, su caballerosidad, su manera de acordar y de dialogar, como elementos inherentes a la democracia, hacen que usted enaltezca, repito, la vida política del país.

Considero que el Senador Carlos Julio Pereyra es un hombre de muchas convicciones; lo que muchas veces se denomina “bicho político” con mucha convicción en la política pero, además, profundamente democrático. Y la democracia, la calidad de demócrata y de seguir los principios democráticos se puede manifestar de múltiples formas. Aquí fue resaltada su actuación contra la dictadura. Inclusive, se leyó y analizó un discurso suyo y yo, aunque el Senador Carlos Julio Pereyra no lo sepa, estuve cerca de algunos diálogos que él mantuvo en aquella época. Desde noviembre de 1974, en momentos en que el General Seregni sale de prisión, hasta enero de 1976, en que vuelve a prisión, yo estuve trabajando -y lo venía haciendo desde 1971- junto a él; sin embargo, en aquellos momentos duros y difíciles de la dictadura, de un grupo asesor muy grande quedamos, prácticamente, sólo los dos. Esos eran días de reuniones clandestinas y muchas veces, cuando el General Seregni llegaba me contaba, con detalles, las noticias que le había dado, así como la conversación o los caminos de resistencia que surgían de diálogos tenidos con el Senador Carlos Julio Pereyra. De manera que yo me sentía muy ligado, muy cercano a estas situaciones.

Por otro lado, él se manifiesta en múltiples ocasiones como un defensor de la libertad, como un gran defensor del estado de derecho, como un gran defensor de los derechos humanos. Esto se resaltó aquí y no tengo por qué decir que el que votó la papeleta verde es mejor que el que votó la amarilla; no digo eso, pero no fue fácil para el Senador Carlos Julio Pereyra haber acompañado, en un plebiscito, el voto verde a propósito de un tema tan caro a la democracia como lo es el de los derechos humanos. Por eso, siento que es un hombre con el cual es muy fácil dialogar, es fácil acordar y hasta diría que es fácil negociar, y estos son elementos centrales, inherentes a la propia democracia. Sin duda que pertenecemos a partidos distintos, pero de alguna manera siento que hay una especie de relacionamiento que facilita enormemente la tarea política.

No alcancé a oír al señor Senador Nin Novoa, pero alguien habló de un elemento íntimo de progresismo, como decía el señor Senador Korzeniak. El señalaba que, de pronto, podía haber estado cerca ideológicamente del Partido Socialista. Le quiero expresar, señor Senador Carlos Julio Pereyra, que yo me siento, ideológicamente, muy cercano a usted, pero no de hoy, sino de mucho tiempo

atrás, pese a haber pertenecido siempre a un movimiento de izquierda. En mi tarea parlamentaria entre 1990 y 1995, siendo Diputado, siempre me sentí muy cerca del Movimiento Nacional de Rocha. Trabajaba en las Comisiones con Matilde Rodríguez Larreta de Gutiérrez Ruiz y diría que en más del 90% o 95% de lo que debíamos votar, lo hacíamos juntos, que no es cosa menor. En algún momento avanzamos con proyectos comunes entre el Frente Amplio y el Movimiento Nacional de Rocha.

Por si esto fuera poco, señor Senador Carlos Julio Pereyra, como elemento programático aquel "Compromiso con Usted" del año 1971 tenía sus características para la fecha. Diría que el mundo ha cambiado; sin duda que es así, pero hoy el "Compromiso con Usted" si lo ubica en el siglo XXI seguramente estará, no en el centro, no en el centro izquierda, sino en la izquierda. Capaz que por eso usted viene de un pensamiento mucho más cercano al que de pronto políticamente pueda separar al Frente Amplio y al Partido Nacional.

Cuando uno analiza la vida de un político se puede preguntar qué es lo que le importa y la respuesta es ser representativo de la sociedad, tener un vínculo, acercarse a ella. Acá se han hecho múltiples manifestaciones y yo permanentemente he escuchado decir que es un hombre vinculado, articulado, cercano a la población, a los ciudadanos uruguayos.

La historia dirá de cada uno de nosotros y nos juzgará, pero yo quería destacar aquí, en vida, claramente los elementos de representatividad, de democracia, de libertad y de derechos humanos que creo vale la pena resaltar en una situación como la que está viviendo la sociedad uruguaya.

Senador Carlos Julio Pereyra: le deseo muchos años de vida; le deseo muchos años de político, pero por sobre todas las cosas, le deseo que mantenga la estupenda lucidez y calidad humana que hoy tiene.

Muchas gracias.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Senador García Costa.

SEÑOR GARCIA COSTA.- Señor Presidente: tal pareciera que debo estar entre los últimos para hablar; quizá la Mesa lo haya hecho a propósito, y no está mal porque, en cierto modo, me siento como un testigo directo, fecundo, concreto, de palco "avant-scène" de la actividad de Carlos Julio. Bueno es, además, que hablemos desde un ángulo nacionalista, porque de lo contrario vamos a terminar con que Carlos Julio es socialista o de la Vertiente Artiguista.

(Hilaridad)

- No logro definir cuál de las dos, pero tengo para mí que en ninguna de las dos corrientes se halla el Senador Pereyra.

Carlos Julio es blanco, es nacionalista. A lo largo de toda su vida y dentro del Partido Nacional ha realizado una actividad profunda en beneficio del país y de esta colectividad; con el cariño y con la devoción que todos le reconocemos, como lo estamos haciendo en el día de hoy.

Sé que nos comprenden las generales de la ley. Con Carlos Julio tenemos una larga relación -nadie se engañe: no la misma edad- que justifica decir que sabemos de su historia porque sabemos de la nuestra.

Los dos empezamos en el Nacionalismo Independiente, pero ¡atención!, no en el que peleaba -si vale la expresión- mano a mano para ver quién era más en el Partido. El pleito numérico ya estaba zanjado en forma negativa para los Independientes. Estábamos en un sector que sabíamos que era perdedor frente a la otra ala del Partido. Sin embargo, no tuvimos reparos -ni él ni yo, ni un montón de gente- en decir: "No importa; si lo que creemos vale la pena, vamos a estar en esta colectividad que pertenece a la gran correntada blanca, aunque hoy diversificada en determinados conceptos". Esto habla desde ya de cuál era la actitud de Carlos Julio en el momento de comenzar su vida política.

No era fácil -y lo digo porque lo viví- salir a la contienda pública sabiendo que la lucha era apenas por tener un Senador más o uno menos, un Diputado más o uno menos, pero siendo conscientes de que inexorablemente la espera cada vez más lejana de la unión del Partido, nos estaba condicionando a no poder funcionar en la amplitud que deseábamos, de luchar por grandes principios como los que sentíamos palpitaban en nuestra parte de la colectividad blanca.

Luego compartimos algo -que a veces es olvidado en la historia del país, porque así lo determinan las circunstancias políticas que son cambiantes- que se llamó la Unión Blanca Democrática, la UBD. A veces, hasta los blancos olvidan que en la victoria del año 1958, más allá del gigantesco esfuerzo del Herrerismo, aliado con el "chicotacismo", con la Liga Federal de Acción Ruralista, hubo un aporte descomunal del grupo de nacionalistas pertenecientes a la Unión Blanca Democrática, compuesta, por un lado, por los que venían de ese Nacionalismo Independiente y, por otro, por otros que provenían de la Vertiente Herrerista. En ese momento ya se habían roto los diques de la división interna, el Partido era uno y cada cual labraba su destino de acuerdo con sus conceptos y con su coraje. Siguieron los dos Gobiernos nacionalistas de 1958 y 1962.

En esos años dentro del Partido Nacional tuvimos momentos de éxito y de derrota, de aciertos y desaciertos, hasta que llegamos al momento en que se produce la llamarada vital de la presencia de Wilson, que nos ayuda como Partido, pero que también ayuda al país, por su dinámica intelectual, por su impronta y por su diferencia con lo que

venía planteándose. Esta personalidad le dio un impulso extraordinario a nuestra colectividad, impulso que sólo podemos aquilatar en su enorme dimensión, los que lo vivimos. Compartiendo esa tarea estuvo Carlos Julio. Vale la pena que diga ahora que quizás nunca votamos dentro de un mismo sector partidario, pero aun no votando lo mismo, estábamos entre los que más nos reconocíamos dentro de una gran colectividad.

Viene entonces la presentación de esa fórmula electoral en la que aparece Carlos Julio, fórmula que integra por mérito propio. No es elegido, simplemente, porque en ese momento a Wilson y a "Por la Patria", que ya estaban estableciendo un volumen numérico extraordinario, les resultara imprescindible o siquiera necesarios los pocos o muchos votos que Carlos Julio pudiera aportar. Nosotros, que ¡vaya si en ese momento sabíamos lo que se pensaba de ese lado!, podemos asegurar -y no por alarde de vanidad- que teníamos la más absoluta convicción de que, adentro del Partido Nacional, nada que se quisiera poner por delante iba a resistir el empuje de lo que ya estaba tornándose la gran fuerza partidaria: "Por la Patria", liderada por Wilson.

¿Por qué entonces Carlos Julio para integrar la fórmula electoral? Porque Wilson lo precisaba, pero no por los votos, sino para demostrar, frente al país y al Partido Nacional, cuál era el alcance de su propósito, cuál el destino que le estaba ofreciendo a la comunidad. Carlos Julio servía a eso muy bien. Lo prueba el hecho de que luego, en plena dictadura, aunque esta ya languideciendo o agonizando -si vale la expresión-, celebramos una Convención. Los blancos somos muy dados a celebrar convenciones. Amamos la expresión de la gente, y alguien también dirá que amamos las discusiones, y puede ser; a veces las internas las hacemos con más fuerza que las externas. Hacemos pues convenciones y ¡vaya si Carlos Julio es algo así como el portaestandarte de esta actividad partidaria!

Volviendo a aquella Convención, con Wilson en el exilio, se insiste en nominar la fórmula electoral anterior -sabiendo que era imposible- como un desafío, como manera de que el Partido Nacional señalara su voluntad tremenda de oposición a quienes habían conculcado las instituciones. Y lo hicimos habiendo un solo representante de la fórmula entre nosotros, que era Carlos Julio Pereyra.

Fue en el Teatro del Círculo que se hizo la proclamación de la fórmula. Me tocó a mí -que no sé por qué tantas veces me toca presidir las convenciones, pero siempre estoy allí- hablar por teléfono con Wilson para ponerle al tanto de lo actuado. La conversación, por descontado -lo imaginan ustedes- fue previamente concertada, porque sabíamos que nos iban a grabar y también íbamos a hacer lo propio. Wilson nos dijo -aunque en otra comunicación, la que no dejamos se grabara, porque se hizo lo necesario para que ello no ocurriera-: "Vamos a hacer todo lo que podamos para quedar para la historia". De modo que, hasta sorpresivamente, en ese diálogo el que habla no tuteó a Wilson. El objetivo era que la grabación quedara en la historia. En esa conversación estaba Carlos Julio. En aquel momento se le comunicó a Wilson: "Usted es el candidato; y el candidato a Vice es Pereyra", reeditándose así la fórmula. Naturalmente quien dijo que reeditáramos esa fórmula fue Wilson. No podía ser otro.

Wilson vuelve a elegir a Carlos Julio.

Luego vienen los años posteriores de Carlos Julio hasta el día de hoy, de cuyos detalles no voy a abundar porque ya se ha hablado al respecto en esta oportunidad.

Me pregunto ahora: ¿qué hay de rescatable en esa trayectoria para este homenaje? ¿Qué hay de rescatable para todos los que han hablado? ¿Qué hay para quien habla? Porque no todos estamos de acuerdo con ese camino recorrido. Personalmente, no he estado de acuerdo en muchas cosas que Carlos Julio ha sostenido, tanto en la interna del Partido, como en la vida del país. ¿Qué rescatamos pues de ese acontecer que nos une en este momento? Hay en la trayectoria vital y política de Carlos Julio Pereyra algo que tiene un inmenso valor, que se llama honradez, y no me refiero a la honradez. No me refiero a la honradez elemental de no tomar ventaja sobre lo ajeno, sino a la honradez de ser absolutamente leal a una manera de pensar, incluso con empecinamiento, ¡y vaya que muchas veces lo percibimos así, y lo dijimos así!

¿Qué es pues lo que estamos homenajeando? A una trayectoria limpia de un hombre honrado que se enfrenta a sí mismo y resuelve las cosas por sí y por su conciencia, no por la conveniencia de terceros, ni siquiera por la propia, que sería peor. Siempre ateniéndose a determinado programa en su vida, caminando con sus conceptos y moviéndose siempre dentro de ellos.

Señor Presidente: si dijera que hoy estamos homenajeando al blanco, estaría limitado al Partido Nacional, pero dejaría de lado el respeto que inspira en el resto del espectro político del país. ¿Homenajeamos al hombre que ha contribuido con iniciativas importantes y positivas para el Uruguay? Naturalmente que sí. Pero, como se decía, podría mencionar a una cantidad de Legisladores que han contribuido en la misma forma y medida que lo ha hecho Carlos Julio.

Entonces, ¿qué es lo que estamos homenajeando de su persona y vida? Una conducta de honradez consigo mismo, de cumplimiento de normas éticas y morales, normas que dan certeza de que el hombre ha nacido para cumplir su propio destino, y Carlos Julio marcó el suyo y lo cumplió, pese a quien pese y moleste a quien moleste. Orgullo es para nosotros que esa conducta se ejerce desde nuestra colectividad, dentro de este Partido histórico que tiene la fuerza para seguir trayendo al Parlamento a hombres como Carlos Julio y que va a seguir trayéndolos para que el país pueda sentirse bien representado.

Muchas gracias.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra la señora Senadora Pou.

SEÑORA POU.- Señor Presidente: quizás el último orador, por muchas razones, tendría que haber sido el señor Senador García Costa, pero como es sabido, en general a las mujeres nos gusta quedarnos con la última palabra. Una vez más, en ese carácter, no quiero dejar pasar esta ocasión en la que distintas voces de diferentes partidos se han referido a la personalidad y, sobre todo, a la persona de don Carlos Julio Pereyra.

En esta clase de homenaje todos estamos tentados a recurrir a la peripecia vital para hacer la arqueología de quien hoy homenajeamos, y yo no me voy a resistir a ello.

Por cierto, los primeros recuerdos de Carlos Julio Pereyra, no como persona, sino como un personaje -tal como decía el señor Senador Heber-, se remontan a cuando, cumpliendo tareas partidarias familiares y sin tener siquiera edad para militar, bajábamos a la Casa de los Lamas a buscar las listas del Nacionalismo Independiente, que fueron las que durante muchos años -quizás hasta la unión del Partido- nuestra familia colocó dentro de los sobres de votación.

Con el tiempo -que, por cierto, transcurre muy rápidamente- tuvimos una experiencia que nos marcó mucho, porque era nuestra primera aventura en la vida política. Hacía poco tiempo que me había casado con Luis Alberto Lacalle y con él pensábamos que nuestra vida pública iba a ser lo que siempre habíamos oído: ir a las Cámaras, presentar proyectos, participar en una lucha limpia y frontal en la que venciera el mejor. Sin embargo, a poco de que se iniciara el Parlamento, en 1973 se hizo la sombra sobre nuestro país. Relatados, los hechos parecen mucho más suaves y conocidos de lo que en realidad fueron en ese momento, cuando además de nuestra juventud teníamos el temor natural a lo desconocido. Me encontré con un embarazo de ocho meses, sola y sin saber qué hacer. La segunda noche de la desaparición de mi marido junto con otros compañeros del Partido Nacional, recibí una llamada que me llenó el alma de una serenidad que difícilmente habría encontrado en otro lugar. Era la voz, nada más ni nada menos, que de don Héctor Clavijo, quien dijo que por orden de don Carlos Julio Pereyra iba a presentar el recurso de "habeas corpus"; por cierto, una ingenuidad, quizás un exceso de inocencia. Pero quiero destacar el coraje que había que tener en ese momento, tanto el que tuvo don Carlos Julio al incentivar este pedido, como el del querido compañero de Directorio, don Héctor Clavijo, para llevar a cabo una gestión que, como se imaginarán, fue infructuosa. De alguna manera, en aquel momento sentimos algo que luego revivimos en varias oportunidades: que Carlos Julio estaba allí. Ese verbo "estar" es muy importante en la vida, pero para mí en esa ocasión lo fue especialmente.

También quisiera referirme a la familia de Carlos Julio, sobre todo a doña Rosa, a Rosita. Sabemos que en un matrimonio de años casi todo es ganancial, pero por sobre todo, son gananciales las cosas duras, las pesadas, las que cuestan.

Dentro de la arqueología que he esbozado, incluí algunas instancias que compartí con doña Rosa en un lugar muy particular, como es un Juzgado. Habíamos concurrido a un Juzgado de Montevideo don Carlos Julio, doña Rosa, quien habla y otra gente, en virtud de un episodio que recordó el señor Senador Gallinal. En esa oportunidad recibimos botellas con vino envenenado y todos sabemos las consecuencias que provocó. Allí pasamos horas y días muy desagradables, porque en ese momento la Justicia tenía un concepto bastante distinto del deber ser. En realidad, de alguna manera pasamos de testigos a implicados en un tema que nadie sabía cómo iba a terminar. Y bueno: Carlos Julio Pereyra, y en ese caso también doña Rosa, estuvieron presentes.

Por todo lo expuesto, señor Presidente, quisiera terminar la tarde de hoy, que creo ha estado cargada de emociones, de verdades y de buenos deseos, expresando que cuando las cosas eran difíciles, Carlos Julio estaba; cuando había que jugarse, Carlos Julio estaba; y cuando había que mostrar lo que yo llamo "coraje sin cólera", Carlos Julio estaba. También quiero expresar mi anhelo de que Carlos Julio pueda seguir estando con nosotros.

Muchas gracias, señor Presidente.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

SEÑOR PRESIDENTE.- Dado que no hay más oradores inscriptos, como Presidente del Cuerpo, quiero dejar constancia de que celebro hondamente el sentido institucional, político y humano de este homenaje. Estoy orgulloso por las palabras hermosas y justas que han expresado todos los señores Senadores.

Conozco a don Carlos desde muy joven, dado que tuve el gusto de ser compañero de estudios de su hija Adela. Lo conocí en la faceta de padre, de hombre de familia, de hombre de bien, faceta sin la cual toda su trayectoria pública no habría sido posible. Tampoco lo habría sido si no hubiera tenido la verticalidad que tuvo para vivir y la familia que siempre lo sostuvo en sus luchas.

En este sentido, adhiero con enorme sentimiento de amistad, de respeto y de admiración a las manifestaciones que han vertido los señores Senadores.

Como Vicepresidente de la República, deseo expresar además -asegurando que interpreto fielmente el sentimiento del señor Presidente, doctor Jorge Batlle- que en estas jornadas tan complejas que nos ha tocado vivir en los últimos dos años y medio, a veces en la soledad y el silencio de las cuestiones más difíciles del Estado, don Carlos

siempre ha estado, con lealtad institucional, para dar una mano.

Ese es un dato muy importante para todos nosotros.

Por lo tanto, don Carlos, gracias por su hidalguía, gracias por su honestidad y gracias por su patriotismo. Para regocijo de todos nosotros, la Mesa le cede el uso de la palabra.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra.)

SEÑOR PEREYRA.- Señor Presidente: cuando entrábamos a Sala, tuve oportunidad de cambiar unas palabras con un compañero y él adivinó la verdad en cuanto a que yo sentía que la exposición que tenía que hacer en la tarde de hoy, era la más difícil de hilvanar. Por esto mismo, señor Presidente, pensando que los compañeros del Senado pertenecientes a todos los partidos políticos, que son mis amigos, en general iban a ser excesivamente generosos, me ganó el temor de que la emoción me impidiera expresarles, por lo menos en forma mínima, el agradecimiento por sus palabras.

Debo tomar las mismas, tan generosas, como la expresión de una amistad, de ese sentimiento de cordialidad que nace espontáneamente entre quienes tenemos que encontrarnos todos los días para realizar un trabajo en común. A lo largo de estas cuatro décadas que he vivido como Legislador he tenido muchos adversarios pero, felizmente, no he hecho ningún enemigo.

Quisiera que la sesión de hoy no hubiera tomado el sesgo tan personal que tomó, tan dirigido a mi persona. Desearía que la sesión de hoy, como en primer término lo planteó nuestro amigo, el señor Senador Gallinal, hubiera tenido un sentido más amplio que el de proclamar presuntos méritos de una persona que no ha hecho otra cosa que cumplir, en la medida de sus posibilidades, con el honor de ser representante del pueblo en la democracia.

Aquí se ha señalado, también con excesiva generosidad, una etapa de mi vida, la de los doce años de dictadura. Se dice que yo defendí la democracia, que luché por restaurar sus instituciones pero, ¿qué otra cosa cabía hacer a un ciudadano de este país, donde la democracia ha calado tan hondamente las raíces en su historia? Me refiero a esa democracia que arranca en el discurso de Artigas del 5 de abril, que se plasma en las Instrucciones que van a llevar los Diputados orientales a la primera Constitución que se va a elaborar en tierras del Río de la Plata; esa que después surge de la historia nuestra envuelta en el entrevero revolucionario, en derramamientos generosos de sangre para afirmar sólidamente sus bases, para que la vida del pueblo uruguayo tuviera la mayor de las dignidades, que es lo que significa la vida en democracia. Quiero destacar el valor de ese sistema de Gobierno, el mejor que los hombres han podido crear a través del largo proceso de evolución de la humanidad. Pienso que dedicar esta sesión a resaltar ese valor, hubiera sido mucho más fecundo. Junto con la exaltación de la democracia, cabría destacar lo que significa el Parlamento Nacional y lo que significa la acción de un político cualquiera que ejerza ese duro oficio, para la salud, el fortalecimiento y el enriquecimiento en las tres dimensiones que aquí se ha citado que tiene la democracia: la política, la social y la económica.

Si hubiéramos hecho transitar entonces la palabra por esos rumbos, no me hubiera sentido con esta sensación que me supera totalmente, abrumado por un reconocimiento que no creo merecer. Hubiera sido mejor dirigirlo hacia aquellos valores por los que creo haber luchado y por los que luchan todos los demócratas de este país; me refiero a los ya mencionados y a todos aquellos que jerarquizan y elevan la dignidad de la vida ciudadana. Pienso que es necesario hacerlo hoy más que nunca, cuando voces equivocadas, y a veces hasta agraviantes, se lanzan sobre tales valores.

El mundo ha conocido la acción criminal de los totalitarismos y millones de muertos constituyen el tremendo precio que se ha debido pagar para preservar el bien supremo que constituye la libertad. Aún hoy, la ambición incontrolable por el poder y la intolerancia inspirada por fanatismos políticos, étnicos y religiosos, sigue sembrando el dolor y la sangre en distintos puntos del planeta. Nuestro Uruguay no ha sido ajeno a esporádicos ataques a sus instituciones democráticas. Por ello es deber ineludible de todos nosotros protegerlas y, fundamentalmente, aquellos que tienen responsabilidades en el ámbito de Gobierno.

La democracia no es perfecta, pero es perfectible. El Parlamento, entre otros, puede perfeccionar la democracia constantemente con su accionar, porque constituye el centro vital del sistema. El Parlamento nació históricamente para contrarrestar la arbitrariedad de los poderes autárpuicos y su desarrollo ha corrido en forma paralela a la afirmación del sistema democrático de Gobierno. Sus integrantes surgen como consecuencia de elecciones libres decididas por el pueblo en el ejercicio de sus derechos, que caracterizan al régimen democrático representativo. Por ello, quien resulte electo recibe la más alta distinción que se puede otorgar a un ciudadano. ¿A qué reconocimiento más alto podría alguien aspirar? No creo que pueda existir otro. Por mi parte, lo he recibido cada vez que me han elegido.

Creo que todo lo que se ha dicho sobre quien habla debe ser aplicable a todos los integrantes de este Cuerpo, no por una decisión personal, sino por el mandato soberano de la ciudadanía.

Muchas veces he debido definir la tarea del político diciendo que constituye un duro oficio, contrariamente a lo que piensa mucha gente. Si bien es cierto que recibe algunas satisfacciones en el cumplimiento de su tarea, no sólo ésta conlleva una tremenda responsabilidad, sino que el político entrega su vida al análisis y examen permanente de la

opinión pública. Se le juzga por sus errores o por sus aciertos -mucho más por aquellos que por éstos-, y no sólo por sus acciones públicas y por su conducta política, sino también por su vida particular, por lo que hace o por lo que se piensa que ha dejado de hacer, por los beneficios o perjuicios que derivan hacia uno u otro sector de actividades, en cada uno de los votos que otorga o en cada uno de aquellos que niega en su tarea legislativa, olvidando que ésta debe ser el fruto de una visión general de los problemas y no la defensa de determinados intereses particulares, por legítimos que ellos puedan ser. Cuando la crítica es injusta hiere dolorosamente la conciencia del hombre público. Ninguno escapa a ese designio, pero debe soportarlo y llevarlo consigo como una consecuencia de la imprescindible cristalinidad que debe exhibir en el tratamiento de los asuntos que no son suyos, sino de la sociedad toda. Son sinsabores y fuente de preocupaciones, diarias muchas veces, pero se compensa con el honor insuperable de ser representante de su pueblo y de tener el privilegio de ocupar el mejor sitial para la función de servicio social donde la tarea fundamental debe estar constituida por la práctica de esa virtud insuperable que es la solidaridad.

No puede negarse que algunas veces en la institución parlamentaria, como en otras actividades humanas, hayan aparecido actos contrarios a lo normal o de corrupción, pero es tremendamente injusta la generalización en que suele incurrirse. Tampoco debe negarse que la corrupción en el ámbito político tiene mucho más repercusión que en ningún otro y que sus efectos constituyen un germen que atenta contra la salud de las instituciones. Por ello la vigilancia que los Partidos y que los ciudadanos ejerzan sobre los actos de sus representantes es una tarea imprescindible, siempre que esté presidida por la buena y justa intención.

En la labor del Legislador duele tanto o más que el juicio injusto la frustración que le provoca la impotencia para resolver algunos problemas que aquejan a su país. Tampoco escapa a sus preocupaciones la incomprensión que suele aparecer y esa descalificación de su persona que se hace cuando algunos despectivamente expresan: “Yo no soy político”, como si esa definición fuera un título de honor y la del político un demérito vergonzante. Sin embargo, creo no exagerar si digo que en la democracia todos los ciudadanos tienen que ser políticos, es decir, tener preocupaciones políticas, porque a ellos en general, y a cada uno de ellos en particular, le corresponde decidir sobre la suerte de su patria. Si no tienen buena formación cívica, es decir, interés por los problemas públicos, no podrán incidir sobre el destino de la sociedad que él y su familia integran. Esa posición de indiferencia o inconciencia que resuena en la expresión “Yo no soy político” se vuelve a veces inaceptable cuando emana de personas ilustradas que, a pesar de ello, parecen ignorar el rol fundamental que como ciudadano de una democracia tiene que desempeñar si quiere gozar de los beneficios que ella otorga, entre otros, nada menos que el goce de la libertad.

Pienso que a veces es la expresión del egoísmo la que obnubila la conciencia de algunos. El hombre suele ser débil ante la tentación que la comodidad del egoísmo le ofrece.

Creo que esta democracia nuestra, que nos ha hecho respetables a los ojos del mundo exterior, estará asegurada si el país emplea la palanca formidable de la educación para la buena formación del ciudadano, pues de la educación de éste depende la vida de la democracia. No se trata de adoctrinar sobre la democracia, como equivocadamente algunos creen, sino de educar para la democracia. Tampoco se trata de inculcar un dogma, porque ella no es dogmática, sino que consiste en brindar, a través de la educación, la apertura de pensamiento necesaria para que los ciudadanos del mañana encuentren por sí mismos el goce de las virtudes que el sistema contiene.

La educación, la herencia y el medio en que desarrolla el hombre su accionar definen su personalidad. Por lo tanto, lo positivo y lo negativo que existe en quien habla no escapa a estos factores. Podría hablar de algunas cosas que han contribuido como herencia, como el medio que me ha rodeado, como lo ha hecho la educación misma. Podría hablar de hechos y de circunstancias que estarían definiendo por qué estoy aquí y por qué, en la verdad o en el error, aquí he actuado durante tanto tiempo. Ya se ha dicho aquí, vengo de una experiencia vital, de duras realidades y a mí me consta que, bueno o malo, soy el fruto de ellas. He recibido experiencias duras de la vida, pero no me quejo, porque creo que allí se forjó mi carácter, en lo positivo o negativo que en él pueda caber. Pienso que quien no ha conocido el dolor, su propio dolor, mucho menos puede valorar el ajeno.

En la forja de mi vida soy altamente deudor de esa palanca formidable de la cultura popular que es la escuela pública uruguaya, gratuita y laica, la que me acogió en su seno, primero como alumno y luego como docente. Como veis, señores Legisladores, pocos son los méritos propios. Mi familia y mi país me dieron todo: educación, trabajo, la dignísima profesión de maestro y este sitio de honor para luchar por tratar de justificar, aunque sea en forma mínima, mi pasaje por la vida, defendiendo ideales, procurando practicar esa virtud formidable que distingue al ser humano que es la solidaridad.

Por lo tanto, soy un gran beneficiado por la sociedad uruguaya. ¡Cuánto lamento no haber sido capaz de retribuir lo mucho que ella me ha dado! Próximo al fin de mi vida parlamentaria y desde lo más limpio que puede haber en mi pensamiento, presento a mis compatriotas las disculpas que correspondan a los errores u omisiones que hubiere cometido. Soy plenamente consciente de mis carencias: de las carencias que implican la falta de formación académica en los campos del Derecho y de la Economía, tan importantes en la tarea del Legislador. Sólo he podido traer aquí y aportar las lecciones recibidas desde la realidad de una existencia que ha tenido el privilegio de pasar por todos los sectores de la sociedad, desde los más humildes hasta esta honra suprema de integrar cargos de Gobierno en la democracia.

El aporte que pude haber hecho no constituye otra cosa que el fruto de la cosecha, del conocimiento de la vida y de las circunstancias que ella me ha brindado, sobre las palpitantes realidades del país y de su gente. No existe otro mérito que el haber aprendido algo de esas realidades. He conocido la vida en los barrios castigados por la pobreza. He vivido cerca de los dramas de los hombres que ahí llegan, arrastrados por la frustración de la derrota que les costó la pérdida de la tierra o la imposibilidad de constituir una familia porque las changas no alcanzan para sustentarla.

En mi pasaje como maestro rural y, luego, como improvisado productor, conocí los problemas de la agropecuaria, del trabajo sin horario de quienes viven y luchan aislados de los servicios públicos, entre ellos, nada menos que la salud y la enseñanza, así como de muchos otros elementos, como consecuencia del macrocefalismo que asfixia al país. Conocí los minifundios donde procuraban malvivir familias campesinas y observé la incapacidad productiva de los latifundios, extremos ambos inconcebibles en un país donde la tierra sobra para afincar a, apenas, 3:000.000 de habitantes. Por ello, en mi tarea legislativa he dedicado preferente atención a los temas de la familia campesina, lo relativo a la tierra, madre generosa que las antiguas civilizaciones deificaban y que para nosotros constituye la única gran riqueza nacional. Por ese motivo es un bien social que hay que preservar para las generaciones futuras.

He visto de cerca los sacrificios de los trabajadores del campo y de las ciudades porque he vivido entre ellos, así como también he visto el fracaso en el interior del país de tantos intentos industriales condenados a la frustración por ese centralismo que asfixia al país.

No sé si sólo el hecho de haberme conducido, en el error o en el acierto, a la luz de esas experiencias que sintéticamente he enumerado, puede justificar mi larga permanencia como Legislador. En todo caso, podría caber la justificación como excusa del impulso que me arrojó al apasionante campo de la política. Entré a ella bajo dos deslumbramientos: uno de ellos tiene que ver con la tragedia de un mundo convulsionado entre dos Guerras y la época del nacimiento de las doctrinas reñidas con la dignidad humana que caracterizaron a la década de 1930. El otro gran deslumbramiento que tuve fue el conocimiento cercano de la vida y acción del político excepcional que fue Javier Barrios Amorín, ciudadano ejemplar por la indoblegable rectitud de su conciencia y la fecundidad de su acción legislativa. A la sombra de su figura señera nacieron mis mejores sueños.

Así se modeló, bien o mal, mi conciencia ciudadana y así se ha definido modestamente mi pensamiento y los caracteres de mi acción política, que podría expresar, sintéticamente, en lo que los señores Senadores también suelen hacer todos los días. Me refiero a la condena a toda forma de totalitarismo, cualquiera sea su signo, la pasión por la libertad y la justicia, así como el cumplimiento del deber elemental que impone la solidaridad con el dolor de los demás seres humanos.

Naturalmente que no puedo dejar pasar esta instancia sin hablar de algunos de los hombres que aquí conocí y vi luchar en momentos difíciles. La lista sería muy larga, muy honrosa para la República y para todos los partidos políticos que aquí fueron representados por grandes figuras. Para ser breve, quiero recordar a unos pocos, y en ellos va el homenaje a todos los grandes parlamentarios, a todos los grandes luchadores por la libertad y por la democracia que aquí, en este Palacio que es emblema de la democracia uruguaya para el mundo, han dejado profunda huella.

Aquí, en los momentos previos a la dictadura, en los años y en los meses anteriores, así como en las horas mismas del golpe de Estado quiero recordar, por ejemplo, que sobre el otro extremo de las bancas levantaban su voz Amílcar Vasconcellos y Luis Hierro Gambardella, y que por aquí, por estas bancas, se sentaba Wilson Ferreira Aldunate para lanzar, al rostro de la tiranía naciente, el desafío del Partido Nacional. En toda esa etapa cabe destacar la lucha de todos los días, con esa pujanza, con ese entusiasmo, con esa facilidad extraordinaria de expresión que tenía, el inolvidable Zelmar Michelini. No podría dejar de trasladar este reconocimiento a los hombres a los que en esa etapa honraron a las mejores tradiciones y valores nacionales. Quiero referirme también a quienes integraron conmigo el triunvirato blanco que aquí se ha citado, como fueron Mario Heber, a quien la dictadura le destrozó su familia con la pérdida de su esposa. Su proyección ciudadana quiero verla aquí, todos los días. También debo mencionar a aquel gran Legislador tan estudioso, tan admirado, que fue Dardo Ortiz, a Silveira Zavala y a todos aquellos que integraban lo que se denominaba el triunvirato, pero que, como he dicho otras veces, resultó con cinco integrantes. Allí estaba Gonzalo Aguirre Ramírez, entrando de lleno en la vida política en la hora más difícil; y la sabiduría de un hombre que no fue Legislador, pero que fue un ciudadano ejemplar, acompañándonos en todas las instancias, que fue el doctor Fernando Oliú; y también esa cumbre de la cultura nacional, que fue don Juan Pivel Devoto.

De todos ellos aprendí mucho, no sé si todo, pero en homenaje a ellos y a mis mayores, que me enseñaron el camino de la dignidad y del trabajo, he puesto todo el esfuerzo que he podido dar al servicio de la Patria, de sus instituciones, de su gente. A través de la admiración por esos hombres he actuado con el pensamiento puesto, también, en la admiración por los grandes hombres que construyeron la democracia nacional. Esos sí que merecen el tributo de nuestro homenaje, el que sería bueno rendir en todos los actos de nuestra vida.

Señoras y señores Senadores, compañeros de labores diarias: agradezco vuestro gesto y vuestras palabras. No era necesario que lo hicieran, aunque por ello me siento muy honrado. Quiero proclamar que sin este homenaje ya me sentía un hombre agradecido a la vida por lo que ella me ha dado y a la sociedad uruguaya por las enaltecedoras misiones que me confió: ser docente y parlamentario. Mientras en el Uruguay se siga valorando la tarea educativa y el Parla-

mento pueda ser fiel receptor de las necesidades populares, no debemos temer a las sombras que hoy nublan el escenario nacional. Ellas, la tarea educativa, el Parlamento y las instituciones, que constituyen el alma de la democracia, romperán las tinieblas de hoy para iluminar el camino hacia el futuro.

El pasado lo enseña y lo ordena; el presente lo exige y el futuro nos pide un país mejor.

Señores: a mí el tiempo ya me va llevando por la opacidad de las nubes y hacia los insondables misterios que seguramente nos va a deparar. El tiempo se va de mis manos y no he podido hacer todo lo que hubiera deseado por mi Patria. A todos ustedes, con quienes he trabajado tantos años, con quienes pude haber discrepado o coincidido, pero con el pensamiento siempre puesto en un destino mejor para la Patria, les digo hoy, con el mayor respeto, con la valoración que tengo por sus virtudes y sus talentos, que deseo fervientemente que Dios o su conciencia, según lo que crea cada uno, iluminen cada día mejor su camino para que puedan construir una Patria mejor.

Con ese sueño y con ese sentimiento, al final de mis palabras les extiendo a todos, desde el fondo de mi corazón, el más fraternal y reconocido abrazo.

Muchas gracias.

(Prolongados aplausos en la Sala y en la Barra)

7) SE LEVANTA LA SESION

SEÑOR PRESIDENTE.- Se levanta la sesión.

(Así se hace, a la hora 18 y 52 minutos, presidiendo el señor **Luis Hierro López** y estando presentes los señores Senadores **Abelenda, Arismendi, Barrios Tassano, Brause, Cid, Correa Freitas, Couriel, de Boismenu, Gallinal, Garat, García Costa, Gargano, Heber, Herrera, Korzeniak, Larrañaga, Michelini, Millor, Mujica, Nin Novoa, Núñez, Pereyra, Pou, Riesgo, Rubio, Sanabria, Scarpa, Segovia, Singer** y **Xavier.**)

SEÑOR LUIS HIERRO LOPEZ
Presidente

Sr. Mario Farachio
Secretario

Sra. Emma Abdala
Prosecretaria

Sr. Freddy A. Massimino
Director General del Cuerpo de Taquígrafos

Corrección y Control
División Publicaciones del Senado

Dep. Legal Nº 211.038/02 - Central de Impresiones Ltda.